

INTRODUCCIÓN

Los relatos de viajes han alcanzado en los últimos años un espacio propio dentro de la investigación histórica, pues gracias a esa ancestral pasión humana de recorrer el mundo, los viajeros nos legaron un testimonio directo de las tierras por donde pasaron y de las peculiaridades de los pueblos de los distintos rincones del universo. El conocimiento de este género se ha visto impulsado recientemente por la proliferación de ediciones de diarios de viaje, traducciones de textos de escritores extranjeros y estudios sobre las impresiones de estos arriesgados viajeros, investigadores o simplemente curiosos.

Fruto del interés que siempre ha ejercido la descripción de países, nos encontramos hoy con una abundante y enriquecedora colección de libros y artículos de revistas o periódicos donde se dan a conocer las impresiones que un determinado lugar ha causado al inquieto y observador viajero. Información que, además de su implícito valor literario, se nos ofrece como un complemento valioso para la realización de diversos trabajos de investigación de carácter histórico, científico, antropológico, literario, etnográfico o económico.

A nivel nacional y regional contamos con una magnífica, aunque incompleta, pero imprescindible bibliografía sobre textos de viaje, bien se trate de recopilaciones de textos y autores (Foulché Delbosc, García Romeral, etc) o de amplias selecciones de viajeros (Farinelli, García Mercadal, etc), que constituyen en la actualidad una rica fuente clásica para la localización y estudio de cualquier rincón de la Península Ibérica. En especial, en lo que se refiere a viajeros románticos por España durante gran parte del siglo XIX, o de aquellos que Ian Robertson llamó “curiosos impertinentes” entre finales del siglo XVIII y comienzos del XIX.

A pesar del avance experimentado en las últimas décadas y la proliferación de estudios de carácter local, aún nos siguen sorprendiendo excelentes ediciones de libros de viaje que todavía dormían el sueño de los justos, olvidados en los anaqueles de cualquier biblioteca pública o privada. Hay buenas y recientes ediciones de los viajes de ámbito nacional de Münzer, Pedro Teixeira Albernas o Albornoz, Richard Twiss, Francisco Pérez Bayer, Joseph Townsend, Wilhelm von Humboldt, Richard Ford, Josephine de Brinckmann, Francisco Pi y Margall, Davillier y Doré, Pedro Antonio de Alarcón, los Gordon, Brenan, etc. Y es relativamente sencillo hacerse con una edición de los viajes posteriores a la posguerra, en especial, de Caro Baroja, Jean Sermet o José María Pemán, de los que hay ejemplares disponibles en varias bibliotecas.

En el año 2000 la Universidad de Murcia publicó una interesante edición de los viajes del naturalista e ilustrado Antonio José Navarro por los reinos de Murcia y Granada, a cargo de Javier Castillo Fernández. José María Artero y su *Viaje por el tiempo de Almería*, supuso, quizás, desde un punto de vista literario, el primer intento de ofrecer una selección de testimonios de viajeros por Almería. Desde Granada, la colección sobre Sierra Nevada y la Alpujarra, dirigida eficazmente por el profesor Manuel Titos y financiada por La General, rescató y divulgó decenas de originales o viejas publicaciones –ya agotadas y olvidadas– de curiosos, aventureros, científicos, literatos o intrépidos alpinistas que nos legaron el testimonio de su visita al atrayente y vasto conjunto montañoso; en ocasiones, dado que el conjunto montañoso se extiende por gran parte de nuestra provincia, también hemos podido seleccionar partes dedicadas a zonas almerienses en los textos de Didier, Boissier, Willkomm, Antonio Rubio Gómez, Federico Olóriz Aguilera, Johannes J. Rein, Nicolás María López Fernández Cabezas y Eduardo Soler y Pérez.

Sin embargo, hasta la fecha, no se había realizado en Almería un trabajo, lo más completo y concienzudo posible, de localización y divulgación de estos viajeros extranjeros o nacionales. Hemos utilizado algunos de sus textos, entre los que destacamos las numerosas ediciones del viaje del alemán Münzer, recién conquistado el reino de Granada a finales del siglo XV; los trabajos sobre la minería de Sierra Almagrera o la de Gádor de Ochotorena en su obra *Almería siglo XIX*; también hemos recogido los conocidos textos de Casimir Delamarre, Ezquerro del Bayo y algún otro “minero”, de los que existen ediciones antiguas o recientes, siendo utilizados ampliamente en los estudios del profesor Sánchez Picón sobre la economía de los siglos XIX y XX. Disponemos también de alguna referencia suelta en los estudios locales y, al parecer, las revistas locales de

INTRODUCCIÓN

la provincia comienzan a hacer sus primeros intentos por ir recopilando y difundiendo estas curiosas descripciones de sus respectivos territorios. Así, en los antiguos y desaparecidos *Anales del CUA* (1982), Mirian López Burgos, más tarde experta en estas lides, dio a la luz quizás uno de los primeros textos de viajeros, el de Cook en 1829; después, casi con cuentagotas, han ido rescatándose textos sueltos o recopilaciones: la revista *Farua* ha publicado el viaje de David Thomas Ansted; en Adra muy recientemente ha salido la documentada edición de la visita del ilustrado Pérez Bayer por su tierra. En este sentido, la *Revista Velezana*, casi desde sus orígenes a comienzos de los años 80, viene dando a conocer a sus lectores todo tipo de textos de viajeros, excursiones científicas o descripciones de cualquier índole y periodo histórico, siempre circunscritas a su espacio territorial: se pueden citar nombres como Pemberton, Ford, Davillier, algunos arqueólogos, Palanques, Gonzalo Migaral, Chico de Guzmán, Sarthou, descripciones de la famosa y concurrida posada Rosario en Vélez Rubio, etc. Muy recientemente hemos tenido la satisfacción de ver editados dos extensos relatos de viajes: el del inquieto ilustrado de finales del siglo XVIII Simón de Rojas Clemente, en una monumental y excelente edición a cargo de Antonio Gil Albarracín; y, por otra parte, el minucioso, completo y sorprendente diario de viaje que efectuó Antonio Álvarez de Toledo, décimo marqués de los Vélez, a sus estados de los antiguos reinos de Murcia y Granada, entre octubre de 1769 y enero de 1770, con motivo de la inauguración del monumental templo barroco de la Encarnación de Vélez Rubio, levado a sus expensas entre 1753–1769. Precisamente por su reciente edición y, especialmente, por su desmesurada extensión son los únicos que, conscientemente, no hemos incluido en la presente obra.

La compilación que ahora presentamos consiste precisamente en esa localización y recopilación de los relatos de los viajeros a su paso por nuestra tierra, ofreciendo un amplio y extenso corpus documental, ordenado cronológicamente, de todos los viajeros significativos que dejaron escrito su testimonio sobre la ciudad de Almería o su provincia, entre finales del siglo XV, en que disponemos del primer texto escrito conocido del periodo cristiano, hasta finales de los años 50 del siglo XX. En ese momento se produjo un cambio significativo: el concepto de viajero tradicional va dejando paso al de turista convencional. Hemos reproducido textos ya editados, rescatado textos manuscritos originales y traducido textos de otros idiomas, recuperando viejos documentos olvidados o poniendo de relieve experiencias, afanes y opiniones de quienes recorrieron el territorio con ánimo investigador o sentimental.

No ha sido empresa fácil, debido a que hasta el último tercio del siglo XVIII España quedó fuera de la ruta turística europea, conocida como el *Grand Tour*, y además un porcentaje elevado de los viajes se publicaron en el país de origen del aventurero. Almería, por su situación geográfica en el extremo Sureste de la Península, quedó aislada durante largo tiempo; en palabras de Casimir Delamarre “*la provincia de Almería se encuentra como perdida en un extremo de España*”. Las propias circunstancias sociales, territoriales y económicas de la provincia, como la lejanía, las malas comunicaciones y el escaso atractivo histórico-artístico frente a la monumentalidad de otras ciudades, la dejaron fuera del “*camino de los turistas*”, dice Robert Dundas Murray. Sólo de forma eventual y tangencial se desplazaban expresamente desde Granada en alguna jornada suelta, o bien, al pasar en barco de Málaga a Cartagena o viceversa, solían reparar en el litoral almeriense. Para algunos, como es el caso de Gauzence de Lastours, el contemplar nuestras costas incluso llegó a suponerle una amarga experiencia, ya que afirma que pasaron todo un día “*...en una pausa, lenta y dolorosa, al frente de Cabo de Gata, y ya hacía mucho tiempo que el sol había pasado nuestro meridiano, principiando a tomar sus rayos las tintas doradas del ocaso, cuando una brisa que apenas levantaba los lienzos de los palos, anunció nuestra salvación*”. Por su parte Alexis de Garaudé no podía entender que alguien pudiera haber dicho de Almería que “*era una tierra donde las piedras son perlas, el polvo es oro y los jardines un paraíso*”. Su imagen como tierra del esparto no podía ser más distinta.

En el conjunto provincial sólo encontramos tres excepciones: primera, los Vélez, especialmente Vélez Rubio y Chirivel, porque, al estar situados en la ruta entre Levante y Granada, suelen aparecer, si bien de forma fugaz, en muchos textos de viajeros, generalmente para comentar incidencias del penoso viaje referidas a la comida, el alojamiento (posada) o el estado de los caminos y carreteras; segunda, la zona de Levante (Cuevas-Vera) por constituir también un lugar de paso y/o peregrinaje hasta los ricos filones de Sierra Almagrera, objetivopreciado de muchos extranjeros; y tercera, la propia ciudad de Almería, tanto por su aspecto oriental, como, sobre todo, por ser puerto de mar y poder hacer desde allí visitas a sus alrededores; con frecuencia hablan de Cabo de Gata.

Esta circunstancia, que en principio puede parecer negativa, realmente no fue así, porque los que vinieron, lo hicieron en su mayoría atraídos por un interés especial, cargados con muchos menos tópicos de los acostumbrados. La preparación de “geografías” o el alzamiento de cartografías fue la principal razón que tuvieron los viajeros que nos visitaron hasta finales del siglo XVIII. Después comienzan a venir todo tipo de personajes: literatos como Arnim o Pedro Antonio de Alarcón; hispanistas: Ford, Didier, Pi y Margall; periodistas: Nicolás

INTRODUCCIÓN

de Roda y Wallis; turistas: Lady Holland, Demidoff y Brinckmann; científicos: Miguel Merino y Carlos Ibáñez; y, sobre todo, botánicos y geólogos, interesados en el paisaje de Almería y su potencial económico, hasta el punto de que su riqueza minera y las explotaciones de las sierras de Gádor y de Almagrera ocupan un lugar destacado en estos relatos, en especial los de Casimir Delamarre, Ezquerro del Bayo, Pernollet y Saglio.

De manera que las descripciones de viajeros que se hallan recogidas en este libro son realmente numerosas, muchas más de las que esperábamos en un primer momento. En total, se han seleccionado 146 narraciones, aunque fueron muchos más los viajeros que pasaron por Almería, pero dejaron comentarios tan breves o tan imprecisos que no ha merecido la pena incluirlos entre nuestros viajeros. Es el caso de Fernand Petit, Anselmo de Andrade, Autrey F. G. Bell, Antonio B. Massioti, el portugués Gaspar de Barrientos, que en el viaje que hace de Portugal a Milán habla del Cabo de Gata llamado por los geógrafos Promontorium Charidemum, Erich Lassote de Steblovo, que cuando viaja en barco de Cartagena a Cádiz, dice que el 12 de febrero de 1580 *“pasamos delante del cabo de Gata y Alborán, isla morisca, despoblada, y de Almería, ciudad del reino de Granada”*, o Francisco Bertaut, que cita al Marqués de los Vélez y al obispado de Almería. Lamentablemente algunos de ellos, como Emile de Begin, no llegaron a bajarse del barco, privándonos de sus magníficos grabados; en otros casos, dudamos que realmente llegaran hasta aquí y su pequeña observación probablemente sea un resumen del relato de otro autor.

Conviene destacar que la ausencia de alusiones a las tierras almerienses en los libros de viaje, no es tal —aunque lo parezca—, debido en gran parte a que muchas de las ediciones se realizaron en los países de origen de los escritores y nunca se han traducido al español. Este hecho nos obligó tanto a la consulta exhaustiva y rigurosa de los itinerarios de ámbito nacional, como, sobre todo, a la búsqueda afanosa por diversos medios de libros o artículos de revistas editados en diferentes países europeos, con la esperanza de hallar, como ha ocurrido en varias ocasiones, determinadas descripciones de Almería y su provincia absolutamente desconocidas para el ciudadano actual.

La imagen de Almería, desde 1494, en que el alemán Jerónimo Münzer recorriera las tierras almerienses, hasta las postrimerías de la Guerra Civil ha cambiado considerablemente. Durante estos siglos, el paso inexorable del tiempo hizo que se produjeran una serie de acontecimientos que hicieron cambiar también el modo de ver y observar a Almería por los sucesivos viajeros ilustrados, románticos o simplemente curiosos que se lanzaron a la aventura de conocer lugares nuevos. No obstante, resulta curioso observar cómo ante la misma realidad cada transeúnte tiene puntos de vista diferentes, a la vez que en otros casos coinciden en sus opiniones. El relato expuesto en forma de diario, carta o ensayo está condicionado por diversos factores, especialmente, como hemos dicho, por el interés que los impulsa a viajar.

Antes de juzgar las impresiones de los escritores, cabría preguntarse: quiénes son, de dónde proceden, qué pretenden en su itinerario, qué circunstancias les han impulsado a bajar a las áridas tierras del Sur, cuáles son sus intereses, de qué información previa disponen, cómo son recibidos, etc. No está de más recordar que los relatos de viajes van a estar condicionados por las ideas y prejuicios de los autores respectivos; por ello, los relatos de viajeros extranjeros han sido denostados a menudo por sus errores y por la visión deformada, a veces tendenciosa, que ofrecen de la realidad española en un momento dado; pero también por factores más prosaicos, por ejemplo, la climatología, la estación del año, la ruta elegida (tierra o mar), los contratiempos de la ruta, el estado de las posadas y los caminos, los alojamientos, etc. Encontramos una gran diferencia entre los textos redactados por aquellos que viajan para escribir y quienes lo hacen por puro placer; si los primeros anotan lo que creen que interesará a otros, los últimos sólo registrarán sus propias experiencias e impresiones personales.

Al final, las impresiones son bien diversas, incluso contrapuestas, más homogéneas en lo que se refiere al paisaje, seco, desértico y árido, pero muy diferentes según la coyuntura e intereses. Por ejemplo, para un inglés, fuera de las llanuras cercanas al Guadalquivir, Andalucía será una región árida y desnuda. De este modo, diplomáticos, aristócratas, militares, religiosos, literatos, excursionistas, científicos, periodistas o mineros, procedentes del extranjero o del propio país, y con intereses enormemente variados: geográficos, económicos, geológicos, botánicos, histórico-artísticos y etnográficos, transitarán por las diferentes rutas, realizando descripciones bastante sesgadas de lo que se van encontrando en el apartado rincón de Almería. En general, y sobre todo durante el siglo XIX, su afición a lo exótico y pintoresco limita en parte sus informaciones, aunque resulta una fuente de conocimiento bastante interesante.

Por citar sólo unos pocos ejemplos, los viajeros que penetran en las tierras almerienses procedentes de Granada o Murcia reciben una impresión tan desoladora, que a veces llegan al borde del agotamiento. Después de dejar los campos cultivados de la vega murciana viajan horas y horas por un paisaje despoblado y

INTRODUCCIÓN

desértico, ya sea a pie o a caballo, en galera, tartana o diligencia; en estas condiciones, hablar de caminos es una utopía, *“porque es de advertir que el camino de Guadix a Almería no existe ni ha existido nunca más que en el nombre”*, dice Pedro Antonio de Alarcón en 1854. Hacia Málaga es mucho mejor viajar por mar *“ya que por tierra habrían de llegar, el día del juicio final por la tarde”*, le aconseja un almeriense a Alfredo Opisso en 1896. La llegada del ferrocarril a principios del siglo XX fue celebrada por los viajeros y la prensa con la grandiosidad que le correspondía, pues significó para Almería la apertura al resto de España después de un aislamiento ancestral. Una imagen totalmente diferente recibe el viajero que llega por mar. El colorido del mar y del cielo son preciosos y la vista panorámica de Almería desde el barco les produce una impresión de *“belleza absorbente”*, según el padre benedictino Gabriel Strobl, tanto que ante la pequeña ciudad oriental que todos ven, dejan volar la imaginación con recuerdos de épocas pasadas y escenas moriscas. Pero hay otras circunstancias que también influyen en las opiniones que van relatando los viajeros, una de ellas es el clima de Almería; el calor intenso y sofocante, se les hace insoportable, y el viento hace exclamar a Antonio Rubio Gómez: *“el levante parece aquí el aliento de un condenado”*.

SIGLOS XV, XVI Y XVII

Durante parte del Antiguo Régimen hemos localizado escasos, pero significativos testimonios. El geógrafo, astrónomo y doctor en medicina Jerónimo Münzer (1494), entrando por la tierra de Vera y saliendo por la ruta de Fiñana, nos describe una Almería recién conquistada por los Reyes Católicos. Además del célebre y conocido viajero alemán, hemos seleccionado las descripciones de un valioso conjunto de personajes: las del embajador veneciano ante Carlos I, Navagero (1524), que se limita a narrar los efectos del trágico terremoto de 1522, que asoló la ciudad de Almería y causó graves daños en toda la provincia; las del astrónomo, matemático y navegante Pedro de Medina (1548); un relato anónimo describiendo la costa desde Cabo de Gata a Vera (1574); también hemos recogido los relatos del cosmógrafo portugués P. Texeira (1622 o 1634), que trabajó al servicio de la monarquía austriaca cuando el reino de Portugal estaba unido dinásticamente con la Corona de España desde finales del reinado de Felipe II y que siguió en la obediencia hispana aún después de la sublevación de 1640; los de Rodrigo Méndez Silva (1645); el manuscrito inédito de Tomás de Aquino y Mercado (1650), mezcla de descripción y erudición histórica; el breve relato de A. Jouvin de Rochefort a su paso por los Vélez, y, ya entrada la centuria del XVIII, las impresiones del francés Henry Michelot (1709).

Aún a pesar de la extensión cronológica y los intereses tan diversos de unos y otros, todos estos primeros relatos de viajes tenían como objetivo la redacción de crónicas, la elaboración de mapas para facilitar la navegación y el comercio en general y las llamadas “geografías”, además de los textos diplomáticos. Por esta razón abundan los portulanos y las descripciones detalladas de la costa. Poco a poco a las descripciones puramente geográficas se fueron añadiendo textos sobre política, ciencia, historia, cultura, comercio o costumbres. La situación geográfica de Almería frente a las costas de África y la reciente conquista del reino nazarí en 1492, llenan de inseguridad las costas de nuestra provincia, siempre expuestas a los ataques corsarios de los berberiscos del norte de África, al haberse convertido el litoral del reino de Granada en la nueva frontera contra el infiel. Esta situación de peligro y amenaza constante, a la que se hallaba expuesta la población almeriense, es palpable en toda la provincia por la proliferación de fortificaciones y castillos defensivos, que van a asombrar de modo extraordinario a todos los viajeros que pasen por nuestra tierra. Buenos testigos de ello son la catedral fortaleza, las numerosas torres de guarda, los castillos que jalonan la costa de Almería y, cómo no, la gran muralla que rodea a la ciudad cuyas puertas se cerraban de noche hasta bien entrado el siglo XIX.

LOS ILUSTRADOS DE LOS SIGLOS XVII Y XVIII

A partir de la segunda mitad del siglo XVII se considerará necesario viajar por motivos de instrucción, para ver cosas nuevas y sacar de ellas conclusiones morales y filosóficas, que han de ser comunicadas a los amigos y conocidos mediante la correspondencia o el relato del viaje. Sin embargo, España queda alejada del itinerario, por lo menos hasta mediados del siglo XVIII. La situación del país tras la guerra de Sucesión (1701–1715), la inseguridad de los caminos y las infraestructuras poco apropiadas (caminos, alojamientos, comidas, guías, etc) no favorecían la atracción de un turismo, en palabras de Luis Lavour, *“elegante, culto, acaudalado, de gente bien, bastante exigente en materias varias y de confort”*.

La situación irá cambiando con la mejora progresiva de las ciudades y sobre todo de la capital, Madrid, especialmente a partir de la llegada al trono de Carlos III. A mediados de siglo algunos viajeros españoles ya empiezan a escribir sus impresiones acerca de las mejoras que precisa el país para entrar en las grandes rutas viajeras. Uno de estos precursores en el fomento del turismo es don Antonio Ponz, viajero profesional, que no

INTRODUCCIÓN

sólo esboza un plan de carreteras para el país, sino que prevé las bases para su financiación recomendando una mayor vigilancia sobre las posadas –según él– en lamentable estado.

Es precisamente en esta época, a finales del siglo XVIII, cuando empezarán a aparecer los viajes domésticos (el *domestic travel*) como nueva moda entre los acaudalados viajeros. Además, a partir de este momento, mediada ya la centuria, el “aseado” Madrid de Carlos III empezará a convertirse en punto de partida para ciertas excursiones radiales que explorarán el resto del país, en primer lugar los Reales Sitios y la zona de Castilla (Toledo, Salamanca) y, más tarde, Andalucía y también Cataluña, sobre la que por estos años se vierten diferentes opiniones, aunque sea la región del reino mejor equipada para el viajero y con mejores infraestructuras.

Viajar permitía ver, palpar, medir, observar la repetición de ciertos fenómenos, concluir su carácter universal a partir de la experiencia y no de la opinión de los textos más antiguos. El fundamento de la ciencia es la experimentación, el conocimiento directo de la realidad. Estamos, en el Siglo de las Luces, en la época de las grandes expediciones científicas auspiciadas por la Corte al norte de Marruecos (Badía), al nuevo continente americano y al extremo oriental del mundo (Jorge Juan, Celestino Mutis y Alejandro Malaspina, entre otros).

Por España transitan franceses (Jean-Marie-Jerôme Fleuriot, marqués de Langle; Jean-François Bourgoing; Alexandre de Laborde y Étienne Lantier); españoles (Juan Álvarez de Colmenar y Antonio Ponz); irlandeses (John Talbot Dillon) e ingleses (W. Dalrymple, Drinkwater y Francis Carter), destacando la trilogía de Richard Twiss (1773), Henry Swinburne y Joseph Townsend (1786–87), cuyas obras revisten tanta o más calidad que los clásicos franceses del género.

La relación de visitantes, aunque todavía muy modesta, comienza a engrosarse con algunos ilustrados, naturales o extranjeros, pero con itinerarios de ámbito nacional. Además de los conocidos Richard Twiss (1773), John Talbot Dillon (1778), Joseph Townsend (1786–87), Wilhelm von Humboldt (1799–1800), Juan de Dios Ayuda (1793–98), conocido por sus estudios sobre las aguas del reino de Granada, y el anecdótico paso por Vélez de Muhammad B. Utman Al-Miknasi (1779), merece destacarse, tanto por extensión como por contenidos, al científico Guillermo Bowles (1778), que viene a Almería en busca de datos para una historia natural; al célebre sacerdote y anticuario Francisco Pérez Bayer (1782), que deja un extenso relato ilustrado con los dibujos de las inscripciones antiguas que va encontrando a su paso; y muy especialmente al inquieto doctor Antonio José Navarro López (1789), clérigo inteligente, hombre de letras, culto e interesado por alcanzar la felicidad pública, traductor de obras extranjeras, partidario de la explotación de los recursos naturales, admirador e impulsor de los proyectos ilustrados en la zona (sociedades de Amigos del País en Vera y Baza, explotaciones de canteras, dirección de caminos), y preocupado por mejorar la vida de sus paisanos y estudiar a fondo el medio natural y humano.

Aún con diferencias y matizaciones entre estos viajeros, podemos convenir que coinciden, en que las condiciones del itinerario, por lo general, fueron duras: malos caminos, peores posadas, dificultades para la alimentación y el alojamiento en los pueblos, suciedad, peligro de enfermedades e invasiones de pulgas; también coinciden en la necesidad de guías prácticos y de tener conocidos o amistades, encontrando grandes contrastes entre pueblos prósperos (Vélez Rubio) frente a miserables caseríos del interior de las montañas y valles, y unos paisanos enquistados, supersticiosos e imbuidos de todo tipo de usos y creencias ancestrales que les mantenían en un atraso secular e impedían el progreso social y económico.

Las escasas posadas y la imposibilidad de comer y dormir en buenas condiciones se convertirán en un elemento recurrente en las narraciones. Edificios destartados, sin chimeneas y sin cristales en las ventanas, ruidosos e incómodos, en los que la limpieza brillaba por su ausencia y era difícil conseguir una cama. Así los resumía el reverendo Joseph Townsend: *“Para viajar por España con comodidad hace falta tener una buena constitución física, dos buenos criados, cartas de crédito para las ciudades principales y una presentación apropiada para las mejores familias, tanto de los nativos como de los forasteros residentes en el país”*.

Pero, como contrapunto, entre sus experiencias hallamos las facilidades prestadas por las autoridades para superar obstáculos y contratiempos, los grandes recursos geológicos y florísticos del país, la pasión por restos arqueológicos de indudable valor histórico o artístico, la emoción del paisaje natural y humano, y un contacto sentimental con la naturaleza como fuente de inspiración para los nobles pensamientos.

Los agitados años de la Guerra de la Independencia (1808–1812), contrariamente a lo que pudiera pensarse, dado el conflicto bélico permanente, no fueron un obstáculo para que siguieran viniendo viajeros británicos.

INTRODUCCIÓN

Fue más bien un incentivo: en el período que va de la victoria de Bailén (julio de 1808) a la segunda invasión de Andalucía por los franceses (diciembre de 1810) llegaron a esta tierra Lord Byron, Robert Semple, John Carr, William Jacob, William Bradford y John Moore. En el caso de Almería, conocemos hasta la fecha las descripciones de Jean Baptiste George Marie Bory de Saint-Vincent Agen (1808–1820), un militar francés, coronel, aventurero, viajero y más tarde científico; las de John Carr (1809), que transita por Vélez Rubio, donde fue testigo de un incidente desagradable en la posada relacionado con el odio contra los franceses; y finalmente Mordecai Manuel Noah (1813), quien también refiere alguna experiencia relacionada con la Guerra.

LOS ROMÁNTICOS DEL SIGLO XIX

Más conocido como movimiento literario, el espíritu romántico acabará dando impulso a otras manifestaciones humanas; una manera especial de ser y entender la vida dominada por el sentimiento, el corazón, lo personal y las vivencias de cada día. Se buscan valores tradicionales en el pasado; y en este sentido, España era un buen caldo de cultivo para conocer, experimentar, estudiar y divulgar la esencia de lo español, la ingenuidad de lo primitivo, el atraso y la nobleza de la tradición pura. Las ideas románticas que se ponen de moda en Europa, facilitan la llegada masiva de los que podríamos llamar primeros turistas a Andalucía, atraídos por sus tierras y sus leyendas.

Desde finales del siglo XVIII y comienzos del XIX, los ingleses, franceses y daneses, entre otros, movidos por una necesidad placentera, por una curiosidad folklórica o por un deseo de aventura, convirtieron nuestro país en un destino para el viajero que buscaba climas agradables y ambientes exóticos en comparación con sus hábitos sociales y elementos culturales. Los ingleses que iniciaron estos viajes por Andalucía, como Richard Ford, difundieron los atractivos artísticos y las curiosidades antropológicas a través de sus publicaciones, escritas a modo de manual o guía del viajero. Informaban sobre noticias prácticas –medio de transporte más adecuado según el viaje o la localización de las ciudades y de los pueblos, comentarios sobre posadas, mesones o ventas–; describían el paisaje rural y urbano; valoraban los atractivos culturales –monumentos histórico-artísticos y obras de los artistas más representativos– y dedicaban gran atención a explicar los comportamientos de las clases populares y sus indumentarias. Esta etapa inicial coincidió en nuestro país con la incipiente valoración de las costumbres populares, como demuestran los grabados de Juan de la Cruz y la afición despertada por los toros.

Con el romanticismo el viaje cambiará de sentido. Ahora ya no será la ciencia –como fue el caso de los ilustrados– sino la cultura, la que despierte la curiosidad de los escritores, empujando a muchos de ellos lejos de su patria. La labor realizada por una amplia relación de autores, que abarcaría desde Lord Byron hasta Domingo Sarmiento, pasando por Borrow o Ford, tendría una influencia decisiva en la consolidación de uno de los fenómenos más característicos del movimiento romántico y, a la postre, responsable del nacionalismo que acabaría desencadenando buena parte de los más sangrientos conflictos europeos: la sustitución de la noción de cultura como excelencia por la de cultura como folclore y color local. Al mismo tiempo que describían las tradiciones que contemplaban, los escritores románticos las dotaban de entidad y de prestigio, reforzando las distintas identidades nacionales y ahondando la brecha que separaba a unas de otras.

Con el Romanticismo, el género de viajes adquiere una importancia y unos valores nuevos: el viajero romántico se interesa menos por las leyes, instituciones, estado moral y social de los países que visita, y más por los paisajes, tipos originales y lo pintoresco en todos los dominios. Su imaginación llega a desbordarse por completo a la hora de evocar la realidad, de manera que muchos de los caracteres del romanticismo se ponen mejor de manifiesto con este género literario que en otros muchos. Uno de esos caracteres fue, precisamente, el exotismo: aparece el interés por conocer los países extranjeros, tanto europeos como los situados al otro lado de los mares, por lo que ofrecen de diferente o nuevo sus paisajes, habitantes y costumbres.

Entre la década de los años 20 y la de los años 60 acuden a la exótica, misteriosa, atrasada, enigmática y racial nación española ingleses como Ford, Jacob, Borrow y Hare, Charles Darwin (aunque no dejó nada escrito), James Brooke, George Dennis, Leonard Williams y Thomas Roscoe. También las damas británicas de la clase acomodada, que aspiraban a contemplar paisajes desconocidos, trajes, costumbres y tipos humanos nuevos. Es la hora de los cruceros por el Mediterráneo en compañía de la familia y algunos amigos, viajes por mar interrumpidos por escalas en los puertos italianos, españoles y norteafricanos. Tenemos los ejemplos de Elizabeth Grosvenor, marquesa de Westminster, lady Dunbar, Isabella F. Romer, lady Louisa Tenison, lady Herbert y Mary Catherine Jackson. La afluencia de ingleses fue tal, que algunos autores, comparándolo con el Camino de Santiago de la Edad Media, hablarán de un camino inglés por Andalucía: Granada y Sevilla serán las grandes metas, especialmente Granada para ver el santuario de la Alhambra; después, Cádiz, Málaga y Córdoba; Gibraltar como lugar de desembarco, y Despeñaperros y el Levante como lugares de entrada y

salida de viajeros. También acudieron franceses como Alexandre de Laborde, Teófilo Gautier y Latour, y el barón Charles Davillier acompañado por el ilustrado Gustave Doré; norteamericanos como Slidell Mackenzie y el célebre Washington Irving e italianos, como el no menos conocido Edmundo d'Amicis, que recorrieron Andalucía y escribieron sus experiencias a modo de narraciones y libros de viaje.

El grabado, y más tarde la litografía, van a ser compañeros indispensables de no pocas narraciones de viajes, hasta el punto de que algunas de éstas alcanzarán más fama por las ilustraciones que por los textos; Francis Carter y Eugène Poitou, realizaron un alto índice de ventas gracias a los grabados al acero hechos por David Roberts, un pintor escocés que había viajado por España en 1832 y 1833. A principios del siglo XIX se editan los primeros álbumes con láminas, donde el texto, o brilla por su ausencia o sirve de mera excusa para comentar las ilustraciones. En 1806 aparecía la obra *Voyage pittoresque et historique de l'Espagne* de Alexandre de Laborde, que reúne más de trescientas láminas, muchas de las cuales son útiles todavía para el estudioso de las antigüedades hispánicas. Los álbumes comentados marcan el principio de una moda duradera, entre cuyos hitos más significativos van a contarse los trabajos de George Vivian, David Roberts y John Frederick Lewis, más conocido como "Lewis el español". Resaltamos, igualmente, a Gustavo Doré, magnífico ilustrador de libros, quien convence al barón de Davillier para realizar juntos un largo viaje por España. Ambas personas deseaban "*reflejar, inventariar una España que va a desaparecer. Romántica angustia, extraordinaria y nostálgica prisa mueve a estos dos hombres por los caminos de nuestra patria*".

Almería es un capítulo más para los que desean escribir de todo el país, pero poco significativo. Se trata de una tierra apartada y, sobre todo, los viajeros ya venían con un objetivo claro: si entraban por Levante, la meta era Granada para continuar hacia Sevilla y salir por Despeñaperros hacia Madrid, o por Gibraltar con destino a Inglaterra; si lo hacían procedentes de Granada, rara vez bajaban a Almería, pasando por los Vélez en dirección a Murcia, y si el viaje era por mar, Almería era sólo una escala entre Cartagena y Málaga.

A pesar de estos inconvenientes iniciales, sorprende la enorme lista de viajeros que, con mayor o menor intensidad, reflejan en sus libros el paso por algún lugar de Almería. Se podría considerar como precursora a Elizabeth Vassall Fox Holland, que en 1803 atraviesa los Vélez. El mismo recorrido realizará Henry Davis Inglis al final del reinado de Fernando VII (1830). Uno de los más interesantes fue, sin duda alguna, el intrépido y culto Cook, enamorado de España, que se aventuró en 1833 a remontar el río Almanzora desde Vera a Purchena, subir a las canteras de Macael y cruzar los Filabres por Tahal hasta llegar a Tabernas, dirigiéndose posteriormente a Almería, visitar el Cabo de Gata y Berja, y salir de nuestra tierra y provincia por los campos de Dalías y el litoral de Adra. Al poco tiempo vendrá el aristócrata y famoso Richard Ford (1831–33), cuyos testimonios sobre la España del siglo XIX serán de los más fiables. Sus libros no solían faltar en el equipaje de posteriores viajeros y contribuyeron a popularizar en Europa la geografía, las costumbres, la literatura y el repertorio artístico español. También pasará por nuestras tierras Didier, literato, periodista y diplomático, que en 1836 realiza el recorrido más largo y extenso de toda la selección de viajeros: Benínar, Berja (donde pasó la noche en una posada tan fétida que se vio obligado a dormir en la azotea), Dalías, Campo de Dalías, Roquetas, Cañarete, Almería (describe su catedral, la vestimenta de los campesinos, la naturalidad del contrabando y nos narra la historia de la ciudad), Huércal, Laujar, Fondón, Presidio, Padules, Canjáyar, Almócita, Beires, Ohanes y Fiñana. En la década de los años 40 nos encontramos con lady Elizabeth Mary Grosvenor (1840–41), Karl Otto Ludwig von Arnim (1841), y el diplomático y noble Anatole de Démidoff (1847), que viaja feliz y tranquilo, para descansar de todas las preocupaciones políticas que le embargaban en los últimos años, y llega a Almería costeando por el Mediterráneo. Por último, Wallis (1847) que salió de su país en busca de la salud y las energías perdidas, y Josephine de Brinckmann (1849–50) primera viajera francesa que atravesó la España del siglo XIX sin ocultarse bajo una identidad masculina.

En la segunda mitad del siglo XIX nos visitaron también personajes variopintos, como el americano John Adams Dix (1851), político y militar, quien a bordo de un barco mercante describe la imagen de Almería desde el puerto, el árido y abrupto litoral y comenta, cómo no, el reciente boom minero de Sierra Almagrera; George Alexander Hoskins (1851), caballero inglés que vino a España en viaje turístico junto a su criado, va ilustrando sus relatos en el camino de Puerto Lumbreras a Vélez Rubio con dibujos y pinturas; otro inglés Robert Dundas Murray (1853), que vino a Cádiz por motivos de salud, pero también por intereses literarios, insistió en el exotismo de las costumbres y singularidades de Almería; por el contrario David Thomas Ansted (1853), reconocido geólogo y economista inglés, viene a Almería para conocer "in situ" las posibilidades del sector minero, siendo uno de los puntos de destino La Alpujarra, donde trabajó como ingeniero en las minas de Sierra de Gádor; este interés profesional atrajo también a Emil Adolph Rossmässler (1854), alemán, interesado especialmente en la botánica y los moluscos, que procedente de Granada sigue la ruta desde Ocaña a Almería por el camino del río Nacimiento y el Andarax; su compatriota Johann Alois Minnich (1862), dejó una brevísima referencia a las murallas, la catedral y la minería de nuestra ciudad. En 1862 nos visitó un viajero ilustre, el barón

INTRODUCCIÓN

Charles de Davillier, anticuario e hispanista, miembro de una importante familia de banqueros franceses, buen conocedor de nuestra cultura, coleccionista erudito de objetos e historiador de arte, desde su cercanía al Romanticismo, dio a la luz una de las obras de viajes más conocidas y que alcanzaron mayor fama; de él se ha dicho que “cada libro hispánico del barón Davillier constituía una revelación en la Europa de la segunda mitad del s. XIX”; junto a Doré, magnífico ilustrador de libros, realizó un largo viaje por España, narrando en uno sus impresiones y dibujando en otro lo que veía; en su recorrido por Almería pasan por Vélez Rubio, las Alpujarras, Berja, Almería y Adra. Casimir Delamarre (1867) es otro técnico que analiza la situación económica y social de la provincia de Almería, trazando una situación científica y desglosada de todos los sectores productivos: agricultura, comercio y, especialmente, minería; investigando en las causas del atraso y emitiendo juicios y opiniones sobre la necesidad de actuaciones gubernamentales. Carolina H. Pemberton (1867) solamente pasó por la ruta Baza–Lorca y pernoctó en la posada de Rosario en Vélez Rubio. Giuseppe Garzolini (1875), italiano, en su viaje de Cartagena a Almería, describe las costumbres almerienses, la feria y una corrida de toros, y narra algunos fragmentos de la historia de Almería, como la llegada de los Coloraos.

LA ALMERÍA QUE DESCRIBEN LOS ROMÁNTICOS

Al margen de la voluntad y el ánimo del viajero, las condiciones del viaje, al menos a su paso por Almería, no solían ser muy favorables. Ante la inexistencia de carreteras (los primeros proyectos datan de la década de los años 60 y tardaron muchos años en realizarse por la lentitud de las obras y la perezosa administración), en muchas ocasiones las vías transcurrían por el cauce seco de las ramblas, por difíciles senderos montañosos, más bien caminos de cabras, peligrosos acantilados, como el caso del Cañarete, arenales, litorales de la costa o viejos caminos mal cuidados del interior de los pueblos. A todas estas condiciones hay que añadir un sol de justicia y una muy escasa vegetación para resguardarse que, en tiempo de verano, hacía imposible viajar por determinados lugares, como los Campos de Tabernas, Dalías y la costa en general. Las vías fueron las tradicionales: Guadix–Almería por Nacimiento; Murcia–Granada por Vélez; Puerto Lumbreras–Almería por Levante y Tabernas; Almería–Málaga por la costa, y poco más. Solamente estaban trazadas como carreteras la entrada a Almería por el Río y el paso por los Vélez desde finales del siglo XVIII; desde mediados del siglo XIX también se contaba con la carretera desde Laujar–Fondón hasta Almería. Por último y muy importante por el negocio minero fue la de Berja al puerto de Adra.

Por mar, el puerto de Almería ofrecía una escala entre Cartagena y Málaga. Muchos describen Cabo de Gata y la bahía de Almería, pero de paso. El primer proyecto para la construcción del puerto es de Derqui de 1838, sin embargo la primera piedra se pone años después, en 1847, únicamente para un pequeño embarcadero de 80 varas. El segundo proyecto data de 1852 y el proyecto de Durbán es de 1873 sobre el dique en Poniente, que no se realizó hasta el proyecto de Trías en 1879–1880 con dique de Poniente y un tiempo estimado de 24 años. A pesar de la escasa capacidad del puerto, el desplazamiento por mar ofrecía ventajas evidentes, de ahí que muchos viajeros del siglo XIX optaran por este medio: *“Me aseguran que no hay nada interesante que ver por tierra de aquí [Almería] a Cartagena; serían necesarios tres días al menos para llegar allí a caballo y el campo es tan desolado como el que he visto desde Adra hasta aquí. Por ello, y a pesar de mi horror por el mar, voy a embarcar esta tarde y estaré mañana a las cinco de la mañana en Cartagena”* (Josephine de Brinckmann, 1850). En los primeros años del siglo XIX, el peligro de asaltos piráticos, aunque atenuado, aún persistía: *“Cabo de Gata, allí yacen ocultos, sus pequeños jabeques, como tigres preparados para saltar sobre sus presas. Examinamos cuidadosamente cada rincón y grieta y navegamos a pocas yardas de la orilla”* (Noah, 1813).

La situación de las vías terrestres era tan deficiente que incluso hacían imposible gozar del paisaje, por ello era preferible viajar a lomos de caballerías que en carro, diligencia, galera, calesa o a pie. El primero del que tenemos noticias que viaja en galera es Hosking; en tartana es Davillier (1862) y lo hace por los Vélez, aunque dice: *“sabíamos por experiencia que los que viajan en galera llevan incluso colchones, precaución muy útil para preservarse de las sacudidas de la carretera”*. Cook se tuvo que desplazar de Berja a Adra para conseguir mulos y proseguir su viaje por la costa hacia Granada.

La imposibilidad de descansar, comer y dormir en buenas condiciones se convertirá en elemento recurrente en las narraciones. Además de escasos, estos establecimientos eran tan deficientes como los que conocieron los ilustrados dieciochescos: destartaladas, mal amuebladas, peor ventiladas y con personas hacinadas con animales, pero, a la vez, exóticas, lugar ideal de bandoleros, conversaciones con tipos populares, lugares de negocio, baile y comida.

Algunos viajeros se pertrechaban previamente de la información precisa sobre caminos, alojamientos, lugares de interés y distancias, pero, por lo general, se solía improvisar recurriendo a amistades, conocidos, prácticos del lugar y, en último extremo, a los representantes legales de sus países respectivos. En este sentido, era usual

INTRODUCCIÓN

utilizar los servicios del cónsul para ser presentado a las autoridades, normalmente al gobernador, y entrar así en contacto con la nobleza local, los ilustrados de la zona, compatriotas comerciantes o, sencillamente, descansar en un ambiente conocido, parecido al de su país de origen. Tenían que proveerse de viandas para el viaje porque muchos lugares estaban desabastecidos o no podían ofrecerles apenas nada. Téngase en cuenta, además, la diferencia de los hábitos alimentarios con el extranjero. La seguridad tampoco estaba garantizada, al menos en las primeras décadas del siglo XIX: por mar existía el peligro de la piratería berberisca; por tierra, el de los bandoleros y ladrones. Las zonas especialmente propicias para el bandolerismo eran la Sierra de Gádor, por Fondón y las Alpujarras, el Cañarete y la sierra de María a la altura de Vertientes.

La visión que tuvieron de Almería los múltiples viajeros que recorrieron nuestra tierra es variada, pero en su mayoría no fue demasiado favorable, por ello atrae nuestra atención el comentario que hizo el escritor ruso, Salhias de Tournemire, cuando nos visitó a mediados del siglo XIX: *“Almería es una ciudad minúscula, pero la buena esencia se guarda en tarros pequeños. Quien no ha visto Almería no sabe qué es la España alejada y la auténtica provincia. Por añadidura, Almería no se parece a ninguna otra ciudad de las que he visto. No es casual, pensaba yo, que Zagoskin, hará unos cuarenta años, dedicó a esta ciudad la mitad de una novela entera “Añoranza de la patria”. Su elección no pudo ser más feliz, pues en España no hay ciudad más española; su originalidad salta inmediatamente a la vista”*.

El paisaje, con su aridez y rara vegetación, a consecuencia del calor y las escasas precipitaciones, sugería a casi todos un espectáculo desértico, constituyendo las huertas de riego, frescos oasis y palmerales similares a los del norte de África. Por contraste, la visión de la magnitud y desnudez de las montañas solía enardecer sus espíritus con la grandiosidad del relieve y el contraste con la línea del horizonte, a menudo, el mar.

La población, de apariencia árabe, que vivía en miserables pueblos, llevaba una vida difícil, marcada por la pobreza, contrastando vivamente con la nobleza más rancia de algunos pueblos y, sobre todo, con el cosmopolita Paseo de Almería, donde transitaba, departía o se divertía la ociosa burguesía almeriense.

La visión de los almerienses, aunque con grandes diferencias entre ellos, no se diferencia de la del conjunto de los españoles. Casi todos los viajeros coinciden en un reducido número de temas: los horarios, la comida, la siesta, las formas de vestir en las ciudades, los bailes populares, el apego al terruño, las tareas cotidianas, etc. Los juicios sobre la población autóctona oscilan entre la exageración y la superficialidad a los comentarios comedidos y condescendientes. Son calificados de indolentes, sobrios, duros, violentos, primitivos, ignorantes, aunque de trato agradable, nobles, pasionales, frugales, sencillos y, hasta cierto punto, ingenuos. Una de las preocupaciones fundamentales es la falta de educación en general y de conocimientos de las técnicas modernas. No podían faltar alusiones a la belleza y el carácter de las mujeres españolas, así como a la chiquillería que deambula por las calles o va mendigando. Para estos viajeros de la época romántica, los almerienses son moros en su vestimenta, en sus comidas, en sus costumbres, en su arquitectura, en sus actitudes ante la vida y en su paisaje rural y urbano.

Delamarre, ya al final del periodo romántico, más reflexivo y profundo en sus apreciaciones, marca un punto de inflexión, un antes y un después en la literatura de viajeros, un cambio de contenidos y observaciones. El francés hace una crítica constructiva de las vías de comunicación, la minería, la agricultura, el comercio y la población de nuestra provincia, concluyendo en que la naturaleza ha dotado a Almería de importantes riquezas agrícolas y mineras, pero su población, aunque posee la aptitud necesaria para explotárselas, actualmente no obtiene provecho de ellas al no darles el valor que tienen. La causa del atraso es el aislamiento y la ignorancia, debido a la inexistencia de vías de comunicación y la escasez de escuelas; por ello la solución es la creación de una infraestructura viaria y la fundación de colegios.

LOS VIAJEROS DE LOS SIGLOS XIX Y XX

En el último tercio del siglo XIX no existen crónicas tan precisas. Muchos de los viajeros utilizan los vapores de mercancías para visitar las ciudades costeras del Mediterráneo, viajan de noche y durante el día permanecen anclados unas diez horas en los puertos donde cargan sus productos, tiempo que aprovechan los turistas para visitar las ciudades. De este modo, pasan por Almería Hugh James Rose (1877), teólogo inglés quien procedente de Cádiz llega a Almería, dejando unas breves pinceladas de su fugaz paso por nuestra ciudad; Max Simon Nordau (1880), judío ortodoxo, nacido en Hungría y residente en París, que en su ruta de Cartagena a Almería, sólo hace un breve relato de la Alcazaba; Gabriel Strobl (1880), padre benedictino, nos deja, por el contrario, una extensa y completa descripción de la ciudad: el puerto, la playa, la catedral, la Alcazaba, el mercado y las huertas, además de escenas de la vida cotidiana, formas de vestir y carácter de sus habitantes; en 1883 George Parsons Lathrop, importante escritor americano llega también

por mar procedente de Málaga, y su descripción es breve pero interesante, al detenerse principalmente en las costumbres populares y la lamentable vuelta de los españoles de la Guerra de Marruecos; otros siguen haciendo solamente la ruta del norte en su desplazamiento desde Murcia a Granada, entre ellos, H. Belsches Graham Bellingham (1881–82), viajero inglés que visita solamente Vélez Rubio, a su paso desde Murcia a Baza, llega de noche y se va al amanecer, de modo que prácticamente sólo describe la posada de Rosario y poco más, aunque, eso sí, plasma en su texto todos los tópicos sobre Andalucía; F. H. Deverell (1884), llega desde Lorca, recorre la rambla de Nogalte, cuyo paisaje le llama mucho la atención, y también visita Vélez Rubio y Chirivel a su paso hacia Granada; Johannes J. Rein (1899), geógrafo alemán, después de recorrer Sierra Nevada, nos deja la descripción de las Alpujarras, Adra y Almería.

Naturalistas, geólogos y botánicos

El interés por la historia natural atrajo a España, desde el siglo de las Luces, a varios sabios que luego investigarían en América, comisionados por el gobierno español: el francés Dombey o el alemán Guillermo de Humboldt, etc. Impregnados de ese espíritu científico y experimental, desde el mismo alborar del siglo XIX recorrerían las actuales tierras almerienses naturalistas, botánicos, geólogos y similares, para inventariar, describir y divulgar plantas, manantiales o formaciones calizas, pero también, paisajes, usos y costumbres de los naturales.

Juan Bautista Solsona recorre hacia 1817 todo el viejo reino de Granada catalogando y estudiando los manantiales naturales con algunas propiedades terapéuticas. Como buen observador, sus rigurosas aportaciones científicas sobre aguas se ven a menudo acompañadas de descripciones sobre el medio físico y humano donde están enclavadas las distintas surgencias. Así, comentará la situación desastrosa de los caminos, de las poblaciones, de las costumbres en relación con los baños y aplicaciones curativas. Veinte años después, el célebre botánico suizo Charles–Edmond Boissier pasaría una larga temporada en Andalucía describiendo y analizando la flora de las sierras de Tolox, Bermeja, Mijas, Tejeda, Nevada y la Alpujarra. Su *Voyage botanique dans le midi de l'Espagne pendant l'année 1837*, en dos volúmenes (1839–1845), es un trabajo todavía válido científicamente gracias a la clasificación detallada que ofrece de las plantas de la cordillera Penibética, ilustrada con láminas espléndidas. Pero además, señalamos que sus impresiones del viaje están alejadas de los secos y fríos y distantes juicios de otros científicos posteriores. Algo similar ocurre con otros tres hombres ciencia alemanes: Wilkomm, Emil Adolf Rossmässler y Fraas. Moritz Wilkomm vino a nuestro país incitado por su maestro, Kunze, y el propio entusiasmo del joven botánico, con la idea de herborizar y estudiar un territorio poco explorado: la Península Ibérica. Conocedor de los botánicos más renombrados desde el s. XVIII (Boissier, Webb, Quer, Palau, Cavanilles, Lagasca, Clemente, Clusio, Desfontaines, etc) y con el asesoramiento de Colmeiro, catedrático en Barcelona y el más prestigioso e influyente botánico de la época, procedente de Valencia, se desplaza por las sierras granadinas y almerienses durante el verano de 1845, realizando un itinerario poco convencional y recoleciona plantas, aunque también advirtiendo distintos aspectos humanos de las poblaciones por las que transita. El segundo, Rossmässler, bibliotecario, botánico y profesor de la Universidad, proviene de Granada, baja por Ocaña, Nacimiento y los pueblos del río Andarax y visita Almería en 1854, ofreciéndole un panorama afable de marcado carácter meridional, al que contribuyen los vastos campos de chumberas y un extenso castillo moro que destaca a mano derecha sobre la ciudad. Pero el extravagante objetivo de su viaje era otro: *“En mi imaginación veo a alguno de mis lectores reírse porque, antes de confesárselo, habrá adivinado que seguramente eran los malditos caracoles que constituían el objeto de mis deseos. Lo adivinó. En las montañas circundantes vive uno de los caracoles más raros y preciosos de Europa, a los que los españoles, devoradores incansables de millones de caracoles, no llaman caracoles, sino chapas...”*. La búsqueda afanosa de este renombrado *Lamarck (Helix Gualtierana)* le ocasionaría varias situaciones anecdóticas y jocosas con los avispados vendedores del mercado de Almería. Por su parte, Eberhard Fraas (1886), paleontólogo y geólogo, tras una brevísima panorámica de la ciudad, pasa a ofrecernos una extensa descripción geológica que era, sin duda, el objetivo de su viaje, comprendiendo Almería, Cabo de Gata, Garrucha y Sierra Almagrera.

Las sierras almerienses han ejercido desde siempre una singular atracción sobre los estudiosos del mundo vegetal, siendo muchos los que directamente, a partir de Sierra Nevada o de las obligadas rutas por las costas, las han visitado. Miguel Cueto Romero y Gabriel Blanca, en su extraordinaria y exhaustiva obra sobre la flora del Parque Natural Sierra María Los Vélez, tras años de indagaciones y búsquedas, aportan un considerable listado de naturalistas que herborizaron y visitaron el norte de la provincia y, más en concreto, Sierra de María: Clusius (1565), Tournefort (1688), Jussieu, Funk (1848), Bourgeau (1851); Rouy (1880–1881), Saint–Lager (1884), Clemente (1888), Porta & Rigo (1890 y 1895); Kheil (1897) y Reverchón (1899), quien alaba la vega de Vélez poblada de olivares y frutales, destaca su fertilidad y red de canales de irrigación y resalta las fuentes naturales o manantiales del Maimón, pero nada dice de otros aspectos que ahora nos interesan. Ya en el siglo

XX: Gros (1921), Ellman & Sandwith (1928 y 1932); el hermano Jerónimo (1930 y 1934) y Ramón Agenjo, uno de los últimos (1948) y más curiosos, explorador infatigable y miembro de la Real Sociedad Española de Historia Natural y de la *Lepidopterists Society* de la Universidad de Yale (EEUU), recorrió la comarca de los Vélez, más en concreto, la Dehesa de la Alfahuara, en busca de lepidópteros.

Maurice Aymard, ingeniero de puentes y calzadas, fue comisionado en 1860 para visitar y recoger información de los regadíos del sur de España, con tal motivo, se desplaza a nuestra provincia para examinar el recién construido pantano de Níjar. También hemos podido localizar algunos textos de científicos españoles. Es el caso del médico granadino Federico Olóriz Aguilera, quien, en 1894, tras realizar varios trabajos de carácter médico-antrológico en las Alpujarras granadinas y tomar unas fotos espectaculares de la población del lugar, baja hasta el puerto de Almería por Berja-Dalías, si bien su breve experiencia no fue nada positiva por las penosas condiciones del viaje, la informalidad de las empresas y carreros, y las dificultades y fatigas de las comunicaciones por estos pagos.

En esos mismos años finales del siglo XIX o primera mitad de la siguiente centuria disponemos de noticias y testimonios de los hombres de ciencia y profesores que siguen afluyendo a nuestro apreciable medio rural en búsqueda afanosa de singularidades morfológicas y geológicas o de rarezas botánicas (Fenex en 1926, Paul Fallot y J.R. Batallaer en 1928, Paulovich en 1929, G. Colom en 1931, Llopis Lladó en 1954, etc), pero también por encargo del Estado Central que, hacia la década de 1870, comenzó a confeccionar las mediciones y tareas relacionadas con el mapa geológico nacional. Este sería el caso, por ejemplo, de Daniel de Cortázar, que reside en Vélez varias semanas, entre octubre de 1873 y enero del 74, haciendo mediciones, recorriendo el territorio y estudiando el medio natural. Mucho más tarde, aunque con los mismos objetivos científicos, en agosto de 1928, el eclesiástico J. R. Bataller, profesor del Seminario de Barcelona, acompañando al célebre profesor de la Universidad de Nancy (Francia), Dr. Paul Fallot, realizó una excursión geológica por las provincias de Murcia y Almería, en concreto por las zonas de Lorca y las comarcas contiguas, con el fin de estudiar el macizo del Gigante. Sube a Vélez por el río Guadalentín, explora durante el recorrido, advierte lugares de caballerías muertas para las rapaces, constata la existencia de yeserías y canteras de piedra para la construcción, le sorprende la grandeza de Vélez Rubio y su templo, y, sobre todo, resalta la repoblación de los montes que entonces se llevaba a cabo, que arrojaría indudables beneficios para la cuenca alta del Guadalentín y la protección de los pantanos de Valdeinfierno y Puentes, ya en territorio murciano. Pero, por lo general, estos sabios viajeros, cada vez más especializados y rigurosos, se limitan a hacer las observaciones propias de su disciplina y para nada reparan, o al menos no nos dejaron testimonios escritos, sobre aspectos sociales y humanos, tan preciados por sus antecesores.

Pero si por algo fue conocida Almería desde el punto de vista científico fuera de sus límites territoriales, se debió al gran acontecimiento del enlace geodésico triangular entre del Mulhacén de Sierra Nevada, los montes M'Sabiha y Filhaussen, en Argelia, y la Tetica de Bacares, en Filabres, en 1879. Además del propio interés científico sobre el particular, lo que a nosotros nos interesa y recogemos en la obra son las experiencias del grupo de sabios, que, tras la áspera subida de hombres, caballerías y material a las cumbres, estuvieron acampados durante semanas sufriendo las inclemencias del tiempo, realizando sus operaciones y, sobre todo, con la incertidumbre de una expedición que, a pesar de algunos contratiempos, resultó exitosa, como nos dejó escrito el astrónomo y estadista Miguel Merino y Melchor, director del Observatorio Astronómico y Meteorológico y responsable de las operaciones en Filabres.

Anticuarios, arqueólogos e historiadores del arte

Menos afortunada en riqueza patrimonial por sus especiales circunstancias históricas, Almería tampoco ha despertado especial interés fuera de sus límites entre historiadores o estudiosos del arte. Sólo contamos con los casos de Pi y Margall (1850), autor de su célebre y monumental *Recuerdos y bellezas de España* (luego reeditada con el título: *España, sus monumentos y artes, su naturaleza y su historia*), donde se hace un repaso concienzudo por las principales antigüedades arquitectónicas de Almería a mediados del siglo XIX, acompañado de grabados, que en su día supusieron una auténtico aldabonazo a las conciencias sobre el interés, la valoración y la necesidad de protección del patrimonio histórico-artístico más emblemático de cada ciudad española; y, por otra parte, la visita de Vicente Lampérez y Romea (1907), máxima autoridad en su disciplina, que nos describe el momento de mayor envergadura y decoración artística: la catedral.

Sin embargo, no ha ocurrido lo mismo con los restos arqueológicos. Almería ha sido especialmente rica en yacimientos y hallazgos y, por tanto, muy codiciada por arqueólogos nacionales y extranjeros. Desde que el almeriense, de Tabernas, Manuel Góngora y Martínez, escribiera su famoso libro sobre las antigüedades andaluzas en 1868, y de que, pocos años después, los hermanos Henry y Louis Siret estudiaran y excavarán

varios lugares de la geografía provincial, se despertó el interés de los arqueólogos de su tiempo: Obermaier, marqués de Cerralbo, Breuil, Cabré, etc. Los sorprendentes descubrimientos y excavaciones de los ingenieros belgas abrieron el camino o incentivaron el interés de otros arqueólogos posteriores ya mediado del s. XX, como Juan Cuadrado Ruiz, con visitas a la cueva de los Murciélagos (Granada) en 1935 y a la de los Letreros; E. Jiménez Navarro, que sube a la Cueva de Ambrosio en 1945; Vicente Maestre Abad, al frente de un grupo desplazado del Servicio de Investigaciones Arqueológicas de la Diputación Provincial de Barcelona en 1960, o los trabajos de Eduardo Ripoll (fallecido recientemente), aunque ya en un periodo que se nos escapa de los límites cronológicos fijados para la presente obra. En el caso concreto de los Vélez, la llegada de eminentes arqueólogos se vio impulsada por la constancia, colaboración y entusiasmo de Federico de Motos, un farmacéutico de Vélez Blanco apasionado por las pinturas rupestres.

Durante los años finales del XIX y primera mitad del XX, la propia figura de Siret se convertiría en una referencia obligada para varios viajeros nacionales o extranjeros (especialmente Brenan le dedica un capítulo muy elogioso), y su vivienda, depósito de materiales, documentación y museo constituían un santuario de obligada visita para generaciones de profesores y arqueólogos. En este sentido, nosotros destacamos, especialmente, el itinerario del francés afincado en Orán, Paul Pallary, quien, aunque geólogo de formación, procedente de la ciudad norteafricana, visita Cartagena y Almería en busca de su amigo Siret para reconocer los distintos yacimientos excavados por el belga. Sin embargo, sus impresiones, además de ser minuciosas en los aspectos científicos y arqueológicos, son igualmente sugerentes y muy interesantes tanto por las descripciones de aspectos y escenas humanas, como por el paisaje, los pueblos y las diversas circunstancias que pudo experimentar de forma personal en la provincia y la capital. Paul Pallary es un curioso observador de lo que le rodea. Por esta razón, también describe las costumbres de los pueblos por donde pasa y las características peculiares de algunos tipos humanos con los que se relaciona. A Almería llega en plena feria de agosto, dejándonos un singular testimonio de este acontecimiento.

Mineros e ingenieros

Inicialmente disponemos de algunos informes y descripciones de la Sierra de Gádor, especialmente a partir de la liberalización de su explotación y comercio (1825), e incluso alguno muy temprano (como el de Le Play en 1834); pero, tras el descubrimiento del filón de plata en el barranco del Jaroso (1839), se produce una auténtica conmoción social y económica en la zona, que tiene un efecto inmediato en la economía de dentro y fuera de la provincia. El impacto del inaudito negocio minero en la sierra de los “prodigios” se expande rápidamente y trasciende las propias fronteras nacionales. Empresarios, capitalistas y avispados comerciantes y especuladores acuden a su llamada en busca del rendimiento jugoso, fácil y rápido. Pero, también atraídos por distintas motivaciones, acuden a la zona ingenieros, técnicos, periodistas y curiosos procedentes de la Europa desarrollada, sobre todo franceses. En los primeros años, destacamos a Ezquerria del Bayo (1840), Paillete (1841), Saglio (1848), y Casimir Delamarre (1867). Posteriormente, a lo largo del último tercio del siglo XIX y primeros años del XX, la Sierra sigue ejerciendo un poder de atracción sobre estudiantes recién terminados los estudios en París en viaje de estudios, publicistas y escritores locales, entre los que resaltamos: J. Pie y Allué (1883), ingeniero de las minas de Sierra Almagrera a finales del siglo XIX y director de la Escuela de Capataces de Minas de Vera; B. Souvirón (1898–99), ingeniero del cuerpo de Minas; J. Bueno y Cordero (1900), que transportado por el ferrocarril de los Sres. Chavarri, asciende hasta Bédar y narra las duras condiciones de vida del obrero y la muerte en accidente de uno de ellos; Augusto Jerez Santamaría (1901), periodista que nos aporta una completísima descripción de la mina *Venus Amante* y del Desagüe; A. Texiera (1913), quien, por lo que apunta en el texto, viajó a Sierra Almagrera partiendo en tren desde Madrid hacia Pulpí, allí tomó un coche hacia la zona minera con el objetivo de conocer las instalaciones del Desagüe, aunque en aquel momento estaba paralizado. Tras el descenso al pozo “Encarnación”, parte para Cuevas de Vera.

Como no podía ser de otra manera, la prensa local o provincial recogía en sus páginas colaboraciones más o menos serias sobre las explotaciones mineras, aunque de algunas no conozcamos la autoría. En 1784, *El Minero del Almagrera* publica un curioso relato, “Cartas de un minero”, de un anónimo personaje que, estando en Herrerías, conoce a dos ingleses con los cuales continúa el viaje de conocimiento de distintas minas. Éstos, a lo largo del trayecto, van tomando anotaciones en sus cuadernos, algunas de las cuales nos reproduce textualmente, permitiéndonos conocer la habitación, alimentación y trabajo del minero. Otro anónimo informante de 1890, tras una breve historia de las minas, describe con detenimiento el interior de la mina “La Guzmaná” y lo cuenta a los lectores de *La Crónica Meridional*. En el semanario garruchero *El Eco de Levante* podemos leer algunos más, en especial, los publicados en 1890 y 1900, o bajo el seudónimo de *Córcholis*, narrando un gozoso itinerario en 1902 iniciado por mar hasta Villaricos, punto desde el que se dirige al Arteal en vagoneta férrea, medio de transporte que le llamó mucho la atención y le hizo disfrutar como un niño, después de haber hecho la visita de rigor a la finca de Siret. Una vez arriba, acompañados y asesorados por

INTRODUCCIÓN

el ingeniero Carlos Brand, pudieron bajar hasta las tenebrosas profundidades de una mina en explotación. O bien una visita anónima y de carácter festivo, publicada en 1906 en *El Ferrocarrilito* de Cuevas, dando cuenta de una inspección al Desagüe, con motivo de la invitación del conocido Gustavo Brandau, ingeniero jefe de las obras del Desagüe, para asistir a la reunión familiar en el Arteal.

Por contraste, casi nada del otro emporio minero: la Sierra de Gádor. Sólo el caso, recientemente recuperado del olvido por Valeriano Sánchez Ramos, de David Tomas Ansted, reconocido geólogo y economista inglés, obligado a visitar España a mediados de 1853 para conocer in situ las posibilidades del sector. Para llegar a Almería, Thomas Ansted cruzó la Alpujarra en sentido horizontal, siendo el municipio virgitano su primer objetivo, por ser entonces el principal productor mundial de plomo; si bien un segundo objetivo fue analizar, a modo de prospección, todo el sector occidental almeriense, tan rico en minería.

En puridad, muchos de los textos anteriores no son estrictamente “literatura de viajes”, por tanto, aunque conocemos algunos más publicados en revistas especializadas de la época (gracias a la gentileza del profesor y amigo Andrés Sánchez Picón), hemos seleccionado sólo algunos de los más relevantes porque, además de las cuestiones meramente técnicas, nos han legado interesantísimas descripciones de las zonas mineras, condiciones de trabajo, panorámicas o detalles concretos del exterior e interior de las minas, paisaje de montaña o introducción de nuevas maquinarias. En realidad, habría que distinguir bien entre los viajeros que hablan circunstancialmente de la minería y la fiebre especulativa subsiguiente, y los que se desplazan, casi exclusivamente, por motivos científicos. En general, los ingenieros se muestran muy críticos con los sistemas de explotación empleados, acusando a sus promotores y propietarios de perseguir la ganancia inmediata y no estar a la altura de los adelantos modernos, aplicando prácticas rutinarias y perjudiciales a una buena y rentable explotación. Unos y otros, técnicos competentes implicados en la producción, periodistas o simples curiosos, nos hablan de los procesos mineros: estructuras, comunicaciones, líneas de ferrocarriles, procedimientos de laboreo y explotación, comercio de minerales; pero también de las condiciones de trabajo, de la situación de los obreros, de los jornales, comidas, turnos de trabajo, del tremendo impacto que supuso en la economía y sociedad cuevanas... y, cómo no, del grave e irresoluble problema del desagüe, que pesó como una losa en el incierto horizonte minero de la zona, cargando de negros presagios el futuro de la minería en la Sierra.

Literatos, escritores, periodistas y cronistas

Quizás, el escritor más cualificado que anduvo por nuestra provincia en el s. XIX fue el alpujarreño Pedro Antonio de Alarcón. Nos visitó, al menos, en tres ocasiones: en galera, de Guadix a Almería (1854); a caballo, en julio de 1861, y en marzo de 1872. Los textos de Alarcón han sido, seguramente, los más referenciados por investigadores posteriores para poner de relieve el aspecto cosmopolita de la aislada y mal comunicada ciudad mediterránea, pero integrada en la economía internacional gracias a los negocios mineros y la exportación de productos agrícolas y mineros a través del puerto. Alarcón fue quien nos legó la imagen de una alta burguesía comercial, elegante y asimiladora del lujo y las modas foráneas: *“a falta de comunicación terrestre con el mundo civilizado, [Almería] entró en íntimas relaciones industriales y comerciales con Inglaterra, ni más ni menos que Cádiz y Málaga, a las cuales se parece muchísimo (especialmente a la última) en el orden intelectual y moral. Quiero decir con esto que las personas acomodadas de Almería viven un poco a la inglesa, piensan un poco en inglés, son tan corteses y formales como los más célebres comerciantes de la Gran Bretaña, y consideran indispensable tomar mucho té, mudarse de camisa todos los días, leerse de cabo a rabo un periódico, afeitarse, cuando menos, cada veinticuatro horas, y hablar mejor o peor la lengua de lord Byron”*. *“Letras, música, política, bolsa, novedades de todo género, eran asunto familiar y constante en las tertulias de aquella ciudad semicolonial, itinerariamente divorciada del resto de la Península...”*

Fuera de Alarcón, pocos escritores foráneos de renombre se verán seducidos por Almería. Constamos sólo el relato novelado de Ciro Bayo publicado en 1900, transcurriendo la acción de sus protagonistas por nuestra tierra. O habremos de esperar hasta la centuria siguiente en la que sobresalen los relatos del inglés afinado en las Alpujarras, Gerald Brenan, y algún otro escritor de segunda fila en el panorama creativo español.

También el afamado escritor Plácido Langle, colaborador en distintos medios y animador de varios círculos y sociedades literarias, dedicó no pocas colaboraciones en la prensa diaria destinadas a cantar las excelencias de su tierra: este es el caso, por citar sólo un ejemplo, del trabajo publicado en 1879 en *La Crónica Meridional*, que remata de la siguiente manera: *“Bien haya, pues, nuestra amada patria, encantado paraíso del alma que la adora; bien haya con sus celestiales mujeres, con sus floridos campos, con su primavera eterna; diosa bendita, arrullada por el murmullo de los blancos céfiros; nueva Citerea, brotando sonriente de las nevadas espumas de los mares”*.

INTRODUCCIÓN

Si bien el duro paisaje, su atormentado relieve y la vegetación esteparia y pseudo africana, incentivaron el interés por viajar a los más aventureros hasta este extremo cornijal peninsular, el alejamiento, las pésimas comunicaciones, el calor sofocante y la escasez de patrimonio artístico de nuestra provincia desalentaron en ocasiones los desplazamientos de personas extrañas a nuestra tierra. Por tanto, hemos podido constatar que sólo con motivo de algún acontecimiento especial o extraordinario se acercaban a Almería periodistas, publicistas u hombres de letras del país. Así ocurrió, por ejemplo, con motivo del memorable viaje que la familia real, encabezada por Isabel II, gira a varias provincias de Andalucía durante 1862. En esa excepcional ocasión, los reyes vienen acompañados de varios cronistas que, como fedatarios, irán tomando nota exacta y pormenorizada de acontecimientos, visitas, entrevistas, homenajes, discursos y conmemoraciones con que fueron agasajados los monarcas. Merced a esta tarea, hoy disponemos de sendas crónicas de Francisco María Tubino y de Fernando Cos Gayón, ambas ilustradas con buenos grabados de las ciudades por las que iba pasando. También las catástrofes, como las inundaciones de 1879 y 1882 o los sangrientos sucesos de Saida (norte de África) en 1881 contra la población extranjera, atrajeron a periodistas de la corte u otros lugares de España: por ejemplo, Andrés Mellado Fernández, periodista de *El Imparcial*, viene comisionado en el verano de ese año para repartir socorros en Almería y Tabernas a las víctimas o perjudicados por los trágicos hechos norteafricanos, en especial, niños, viejos y viudas, describiendo auténticos cuadros de amargura y sufrimiento. Y, desde luego, aún mucho más eco produjo a nivel nacional la inauguración del añorado ferrocarril en 1899, con cuyo motivo se inundó materialmente la ciudad de periodistas foráneos, principalmente de Madrid, que vinieron a cubrir la interesante información y, algunos de ellos, además, nos dejaron el testimonio personal de su visión sobre esta ciudad alejada y reseca que se incorporaba al progreso, aprovechando para describir la zona, sus tierras y sus costumbres. Sobresale entre ellos, Francisco Fernández Villegas, Zeda, quien aprovechó para divulgar en la prensa madrileña la situación concreta de la ciudad de Almería y verificó un viaje a la olvidada y perdida isla de Alborán para realizar un reportaje novedoso sobre las condiciones de vida de sus escasos habitantes.

En otras ocasiones, escritores de ámbito nacional, a su paso por Almería, como una escala más de su viaje por España, con más o menos fortuna y extensión, nos dejan unas rápidas pinceladas y bocetos sobre la ciudad de Almería. Éste fue el caso de Augusto Jerez Perchet (1870), quien, procedente de Málaga, describe la urbe desde el mar, desembarca y admira nuestra ciudad y a sus paisanos, especialmente a sus bellas mujeres, recorre los lugares más destacados y le llama la atención su calles y arquitectura. Aunque modesta, le parece una ciudad acogedora, con un cielo hermoso y dispone de *"encantos y bellezas que no reúnen muchos grandes centros"*, merced a su clima, puerto y riqueza minera. Otros muchos escritores foráneos se limitan a cubrir el expediente en el ámbito de su obra general sobre el territorio peninsular, aportando rara vez alguna opinión de especial interés, por ejemplo, Alfredo Opisso y Viñas (1896) o Manuel María Guerra (1896).

Una excepción, sin duda, en este grupo de escritores "nacionales", lo constituye Sinesio Delgado García, que viaja acompañado del dibujante Ramón Cilla (Ramí Gilla). Por sus acertados textos, su autenticidad buscando al pueblo llano, sus observaciones precisas de costumbres de la población más humilde y, especialmente, por sus fotografías, merece la pena destacar su itinerario. Se trata de casi el único que acompaña su relato de fotos y dibujos realizados expresamente. Desgraciadamente, al no poder disponer de los originales, nos hemos servido de una copia de la edición original, proporcionadas por Lorenzo Cara, poseedor de un original del libro de Sinesio.

Y es que Almería, fuera de estos acontecimientos puntuales o de su interés económico por la exportación de minerales, esparto o uva, pintaba poco en el panorama social español y, menos aún, era motivo especial de desplazamientos. Ni siquiera en la guías al uso de los siglos XIX–XX se realizan comentarios especiales o particulares de gran interés. Aunque las guías no son objeto de la presente recopilación de textos, hemos consultado algunas de ellas y, dado que están a medio camino entre el viaje y la información útil, hemos traído a colación las famosas guías del madrileño Francisco de Paula Mellado, de mediados del XIX (concretamente, 1851), especializado en la elaboración y distribución de manuales para viajeros; y alguna posterior, como la de Germond de Lavigne (1859), que se dedicó, más que a escribir relatos de viajes, a realizar guías útiles y prácticas para el viajero con distintos itinerarios por España y Portugal. Aunque, por los contenidos, se nos antoja que ninguno de ellos visitó personalmente la ciudad que describe, valiéndose de obras de terceros; a veces, combinando la información práctica y útil con las impresiones personales, de manera que el relator nos aclara sus opiniones sobre distancias, caminos, posadas, personas, lugares a visitar, etc.

Por estos mismos años, la proximidad de ambas ciudades y la existencia de amistades comunes, facilitó o precipitó la realización de algunos itinerarios por parte de escritores granadinos: Nicolás de Roda (1839–40), autor del primer texto de viajero español (a excepción de los mineros) que itineró por la Alpujarra y se asomó a las tierras de Berja y Adra; Nicolás María López Fernández Cabezas (1900), cuando describe la zona

fronteriza entre ambas provincias al nivel de Sierra Nevada; el afamado escritor Francisco de Paula Valladar y Serrano (1903), con motivo de un homenaje y reunión con sus entrañables amigos almerienses; aunque se trata de un viaje profesional, su sensibilidad le lleva a describir la Almería de principios del siglo XX, sus costumbres y sus esfuerzos por salir del aislamiento en el que se encontraba; más tarde, en 1912, visita de nuevo Almería con motivo de su nombramiento como responsable de la catalogación de monumentos y obras de arte de la provincia, recordando los esfuerzos de su apreciado amigo Martínez de Castro y aportando algunas notas históricas de la ciudad; o Eduardo Soler y Pérez, hacia 1903–05, cuya obra abrirá “*el paso para el mayor conocimiento de la Sierra, así como para el goce de los sentidos en la Naturaleza*”, nos refiere rutas del comercio, caminos y movimientos de personas y mercancías en la alta montaña fronteriza entre Granada y Almería; Matías Méndez Vellido (1905), miembro de tertulias literarias de Granada y enamorado de Almería, su relato tiene como escenario una velada en “El Palmer”, famoso merendero situado a la orilla del mar.

Descubrimiento de la provincia por los almerienses: publicistas y eruditos locales

También los propios almerienses sienten la necesidad de viajar por su provincia, destacando aspectos concretos de los pueblos y modos de vida de sus habitantes, señalando deficiencias o glosando avances. Aunque desde mediados del siglo XIX es posible rastrear opiniones y descripciones redactadas por escritores o publicistas nativos de la tierras, será especialmente a partir del Sexenio Revolucionario (1868–1874), coincidiendo con el periodo de la Restauración borbónica, cuando, de una manera más clara, encontramos, de forma eventual, informes o comentarios de viaje redactados por almerienses.

Uno de los primeros tuvo como escenario el valle medio del Andarax. Nuestro anónimo protagonista, aunque por el recibimiento que le tributan los lugareños debía de ser un personaje de cierto prestigio, subió en junio de 1878 hasta Canjáyar para, además de describir los pormenores del viaje y el paisaje que va descubriendo, narrar en primera persona la celebración de las fiestas locales del Corpus y de San Juan, haciendo especial hincapié en las costumbres y carácter de sus habitantes. Años más tarde, Enrique López Morales, durante los días 26, 29, 30 y 31 de octubre de 1890 publica una excursión por los pueblos del valle del Andarax y Nacimiento. Desde Bentarique hasta Alboloduy va describiendo los pueblos, el paisaje, la agricultura y la industria de estos lugares, a la vez que denuncia el penoso estado de las vías de comunicación, el abandono en que se encuentran estas comarcas y las necesidades para su desarrollo económico. En 1924, bajo el seudónimo de *El hombre gris*, un publicista local se desplaza a Laujar en busca de la cuna del poeta Villaespesa, publicando su texto en *La Crónica Meridional*.

La entonces populosa e industrial Adra fue objeto de descripciones, principalmente por parte de viajeros que transitaban por el litoral en dirección a Almería o Motril, o bien por “mineros”, que a la subida o bajada de la Sierra de Gádor, aludían a su fértil vega de caña de azúcar, a su menguado puerto (apenas una ensenada natural) o, sobre todo, a las humeantes chimeneas de las fundiciones que dominaban el paisaje urbano. Situado en los años finales del siglo XIX, conocemos una crónica de Adra (1880) con ocasión de asistir a una corrida de toros que iba a celebrarse en las fiestas patronales. En éste relato se describen principalmente las peripecias ocurridas en ese trayecto y algunas observaciones sobre el paisaje. Un tal A.W. Riego, en 1890, nos describe un sombrío panorama social y comercial de Adra con una clara finalidad de denuncia política sobre la situación de Adra. El célebre vate local, Ramón Blasco Segado, historiador y poeta, en el apéndice de su *Adra. Apuntes para su historia* (1891), ofrece una interesante información de la situación general de Adra hacia finales de la centuria; en especial, sobre el estado en que se encontraban los restos arqueológicos del cerro de Montecristo, los proyectos del corte del río, las graves inundaciones y epidemias que afectaron a los abderitanos, para finalizar denunciando la, a su juicio, grave crisis económica y social de Adra y los males que la aquejaban por el abandono de la administración y la falta de iniciativas locales.

Vélez Rubio fue citada en multitud de breves comentarios por parte de los abundantes viajeros que transitaban por el camino entre Murcia y Granada (o viceversa), al hallarse situada en la ruta y disponer de alojamientos y abastecimientos de víveres, pero lejana y mal comunicada con Almería, apenas era objeto de desplazamientos por parte de escritores o periodistas de la capital. La primera visita de cierto relieve que nos dejó comentarios sabrosos fue la verificada en 1884 por Antonio Torres y Hoyos, quien se desplaza hasta la olvidada y bulliciosa localidad de Vélez Rubio y nos deja una de las mejores descripciones de este hermoso pueblo, llamándole la atención el penoso estado de las carreteras, el nivel de instrucción, la religiosidad, el clima de efervescencia política de esta cabeza de distrito electoral, los casinos, la situación del ornato público y la enseñanza local, y, en especial, el esfuerzo de sus fuerzas productivos (principalmente la incipiente industria harinera y los caldos veleznos) que, si dispusieran de las comunicaciones adecuadas, podrían competir en el mercado nacional. Posteriormente, en 1891, otra visita anónima y de menor relieve, se centra, de modo

particular, en hablar del templo y criticar la nueva pintura de su interior: “*habrá que convenir en que el pintor fue de brocha bien gorda, y el cura que autorizó la pintura debía estar reñido con la estética*”. Finalmente el célebre erudito local y prolífico escritor asiduo en los medios de comunicación de su tierra y de la vecina Murcia, Andrés Chico de Guzmán, que firma como “Fray Crispín”, nos comenta en 1929 sus recuerdos infantiles, pero que nos ilustra, con elegancia y sencillez, de los pormenores de un viaje de Vélez a Lorca en su etapa de juventud, aproximadamente hacia los años 70–80 del siglo XIX, cuando se estaba trazando y construyendo la nueva carretera hacia Puerto Lumbreras.

La zona del Levante fue igualmente objetivo de inquietos paisanos, que se desplazan y conocen de primera mano sus paisajes y sus hombres. A caballo entre ambos siglos, hemos localizado y seleccionado para la presente obra algunos de los más significativos: en 1900, L. Lasala, relata un viaje de Garrucha a Almería y la Garrofa acompañado por los miembros de la sociedad literaria “La Trastienda”, llamada así porque se reunía en la librería de Fernando Estrella, aparecido en *El Eco de Levante*. Por motivos similares, en febrero de citado año, se publicó en el mismo medio la gira realizada a Garrucha y Mojácar por Eduardo Rosón, redactor de *El Liberal*, constituyendo el relato, ejemplo prototípico de una visita periodístico-política, con el objeto de hacerse cargo de las necesidades de estos pueblos y ofrecerles el apoyo de su periódico, especialmente para la realización de las obras del ferrocarril de Lorca a Almería. Aunque la descripción de este viaje se publica de forma anónima, es muy probable que se deba a la pluma del poeta José Durbán Orozco, uno de los personajes que acompañan al redactor. El 25 de agosto 1900, un corresponsal espontáneo, según firma el propio autor, publica en el *Eco de Levante* sus impresiones como veraneante en la playa de Garrucha. Finalmente, nuestro anónimo *Córcholis* da a la luz en 1902, en el semanario de Garrucha que venimos citando, el recorrido que efectúa por tierra con la intención de visitar a un destacado magistrado que en aquellos días visitaba la villa mojaquera.

El excursionismo cultural

El fenómeno del excursionismo cultural o científico se puede rastrear perfectamente durante los años centrales del s. XIX, pero conoce una auténtica eclosión en determinadas zonas de España al finalizar la centuria y durante los primeros años del XX. Se fundan sociedades y se organizan expediciones colectivas o individuales por distintos rincones del país en busca del conocimiento y divulgación de antigüedades arqueológicas o artísticas, descubrimiento de comportamientos etnográficos, asombrándose ante maravillas naturales o, simplemente, para expansionarse en el medio natural.

En Almería no disponemos de referencias precisas sobre este apasionamiento protagonizado por personas cultas de las clases sociales más privilegiadas, pero no parece haber tenido un arraigo considerable. No obstante, sí conocemos aventuras puntuales de algunos de sus hombres de letras. El antecedente más significado sería la expedición a Sierra Nevada que protagonizan un grupo de almerienses, entre los que se hallaba Olallo Morales Lupión, verdadero impulsor y organizador de aquella excéntrica aventura al Mulhacén, miembro de conocida familia burguesa con intereses mineros, viajero por el mundo (Europa, Asia Menor, Egipto y Palestina), comandados y espoleados por Antonio Rubio Gómez, en 1880, quien nos dejó escrita una extensa memoria de tal acontecimiento. El relato de la aventura, o “asalto a la Sierra”, muestra el enorme interés y expectación que Sierra Nevada despertaba en la periferia más cercana, como también entre alpinistas, botánicos, científicos y “touristas” de toda España y Europa. La exploración de Sierra Nevada tenía, por tanto, un interés de curiosidad científica, pero también de aventura elitista por conquistar las altas cumbres y de afán costumbrista y exótico romanticismo.

Posteriormente son muy escasos los itinerarios culturales, pero bien significativos de este espíritu excursionista: Miguel García Alcaraz, “Gonzalo Migaral”, en 1912 sube con un grupo de amigos y correligionarios a la misteriosa Cueva de los Letreros y otras cavidades próximas en el pie del Mahimón, atraído por el espíritu de aventura, la expansión y las noticias que entonces circulaban sobre la visita que hizo una Comisión Internacional... Pero los viajes más memorables (y de los que tenemos una constancia escrita) son los protagonizados por Fernando Palanques Ayén, el cronista local de Vélez Rubio, que, en 1905, acompañó a su íntimo amigo el historiador y juez Enrique García Asensio al Cabezo de la Jara, límite entre Vélez Rubio y Huércal Overa, para intentar desvelar los misterios y leyendas que cundían sobre la cueva y la impresionante mole montañosa que, además de punto de geodésico de divisorio de términos municipales, era origen de numerosas leyendas relacionadas con la muerte y enterramiento del general romano Escipión. Más tarde, en 1910, recién publicada su historia de Vélez Rubio, en la cúspide la fama, subió junto con otros amigos locales a las cumbres de Mahimón y nos dejó un precioso relato sobre esta esforzada excursión, inmortalizada con una serie de imágenes tomadas por el popular fotógrafo local Pedro Motos.

Con una motivación cultural similar, pero con un interés específico por estudiar, analizar y divulgar algunas piezas del patrimonio mueble e inmueble y documental de la provincia, el erudito Joaquín Santisteban y Delgado, colaborador habitual en la prensa de la capital, recorre la provincia y compone varios trabajos sobre sus experiencias y conocimientos de la historia y el arte en Almería: en 1924 nos describe una panorámica de la ciudad de Almería; en 1930, con la colaboración del profesorado del instituto, emprende un interesante recorrido por los pueblos del valle de Andarax, y auxiliado por amigos, expertos o conocedores de cada pueblo, aporta una documentada memoria de cuanto observa sobre el patrimonio cultural de los lugares visitados, señala deficiencias, critica actuaciones negativas y relaciona por extenso algunos de los documentos alojados en archivos municipales; finalmente, en 1935 hace lo propio en su visita a Cuevas de Almanzora, acompañado por otro eminente hombre de letras local, su amigo Miguel Flores González Grano de Oro.

Las primeras décadas del siglo XX

A finales del siglo XIX y comienzos del XX, los avances en los transportes, especialmente el ferrocarril, hacen que el viaje deje de ser en sí mismo una aventura y se busque más la experiencia primitiva de lo lejano y lo opuesto a las grandes ciudades, los viajes por caminos olvidados y la visita a pequeñas ciudades desconocidas del sur de España y de Italia. Del mismo modo, cambia el concepto del relato de viaje, que se abre a otras disciplinas como son la Sociología, Etnología, Antropología y Ciencias Naturales. En general, se intentan reflejar las costumbres y formas de vida antigua, la industria, los monumentos, las fiestas, las corridas de toros, y, en general, “lo español”.

Con este talante hacen una parada en Almería, en 1902, Tomas George Bonney, geólogo inglés, que, en ruta costera desde Málaga hacia Cartagena, observa sobre todo el movimiento de exportación de nuestro puerto y el promontorio de Cabo de Gata (“Cape de Gatt”, como lo conocen los marineros, o Cabo de las Ágatas); y Alexander Cross, quien, aunque el capítulo se denomina “Almería”, se limita a hacer una serie de divagaciones sobre las costumbres de los españoles: la comida, el tabaco, el ferrocarril, las aduanas y los telégrafos. También Albert Frederick Calvert (1903) recorrió la provincia de Almería, en concreto Huércal Overa, donde visitó sus minas de cobre. Julius Meier–Graefe (1910) relata en forma de diario las impresiones de un breve paseo por la ciudad de Almería, no demasiado placentero por la pésima calidad de los alimentos y los olores tan desagradables que envolvían todo el ambiente.

La primera Guerra Mundial se va a convertir en un paréntesis en la literatura de viajes, marcando profundamente a los viajeros de los años siguientes, que buscan en la lejanía la libertad, el sol y el olvido de la guerra. Así, Jan Gordon y su compañera Cora (1921) lo que quieren es viajar a un lugar lo más alejado posible de la guerra, convirtiéndose en el epílogo de los viajes románticos; son gente bohemia que con un pobre carruaje y un burro atraviesan toda la provincia de Almería desde Vera hasta Adra, buscando la esencia del arte flamenco en las miserables posadas de la época. Los propios autores reconocen ciertamente el condicionante de su indumentaria y medio de locomoción: “*Se puede viajar por España como si se fuera un vagabundo, o se puede viajar en coche a motor. Pero lo que no se puede hacer es convertirse voluntariamente en bohemios. Esto es algo propio de los romances del siglo XIX, en trance de extinción, y la mayoría de los contratiempos por los que pasamos se deben a esta incongruencia*”. No obstante lo anterior, Óscar de Jódar, estudioso de los viajeros, defiende que los extraños viajeros demostraron admiración por España, a pesar de encontrar personas con cortadía de miras y prejuicios; y, además, ofrecen muchos datos curiosos de una región en la transición de la España agraria y tradicional a la España moderna.

El prestigioso fotógrafo Kurt Hielscher (1921–22) tomó unas excelentes fotografías de sus viajes, entre ellas, nos aporta 5 o 6 de Almería, centradas en el levante: Mojácar y Cuevas, utilizadas por investigadores posteriores. Friedrich Christiansen (1929) describe la realidad que va viendo, el atraso cultural, las malas comunicaciones, la agricultura y el cultivo de la parra. Charles L. Freeston pasa en coche en 1930 por los Vélez en ruta hacia Murcia.

En 1933 nos visita un personaje curioso: Albert T'Serstevens (cuya noticia debemos a Juan A. Grima) quien, acompañado de su compañera y un gato, recorrió parte del levante de nuestra provincia, deteniéndose especialmente en Cuevas del Almanzora y en Mojácar, dejando un relato singular de su viaje, en el que no faltan la ironía y las descripciones de esas pequeñas cosas propias de cada lugar que a él, como extranjero, le llama la atención: la capilla de Santa Lucía, la ofrenda del agua, el extraño baño termal y otras peculiares costumbres de los lugareños.

Entre todos los viajeros de la primera mitad del siglo XX, destaca sobre manera (por extensión y contenidos) un caso especial: el inglés Gerald Brenan (1920 y 1933), soñador y aventurero, viene a España huyendo

INTRODUCCIÓN

de la hermética sociedad inglesa y se establece en un lugar perdido de las Alpujarras. Su fina capacidad de observador le convierte en un pionero de la antropología social. Este interés por la etnología y la búsqueda de lo sencillo tendrá especial relevancia en sus dos viajes a Almería y uno a Adra. En el primero, realizado en 1920, describe la Almería anterior a la guerra civil a través de una sucesión de tipos descarnados que conoce en su visita a los burdeles de las Perchas. Su segunda descripción es mucho más serena, destacando curiosas observaciones y reflexiones sobre la monotonía de la vida cotidiana en la ciudad y su visita a los pueblos del levante de la provincia: Níjar, Sorbas, Mojácar, Vera, Cuevas del Almanzora y, especialmente, su entrevista con Luis Siret en 1933. En ambas narraciones también dedica su atención a la historia, la economía, la religión, la botánica y la arqueología.

De forma a veces sutil o enmascarada con la divulgación cultural, pero siempre apasionada por lo local, durante la primera mitad del siglo XX hallamos algunos breves textos destinados a glosar lo propio buscando el reclamo o la notoriedad. En cierto modo podríamos considerar estos textos como antecedentes a la guías turísticas al uso que aparecen en nuestra tierra en los años centrales de la centuria y tanto proliferan en la actualidad. Esta labor les correspondió, sobre todo, a los eruditos locales, que no supieron distinguir (o lo hicieron a posta) entre la literatura para entretener e ilustrar y los textos para informar, es decir, las guías de viaje. Pongamos dos ejemplos reveladores: Sarthou Carreres (1927), polifacético valenciano, historiador, escritor, publicista y magnífico fotógrafo, redactó sendos colaboraciones para Vélez Blanco y Vélez Rubio, en las que se incide en el patrimonio histórico-artístico de ambas poblaciones; y Miguel Flores González Grano de Oro, para el Levante.

El relato de Leonor de Miranda (1931) está muy marcado por la historia de la antigua ciudad y la impronta musulmana que va hallando a su paso, aunque también se detiene ligeramente en la Almería contemporánea, de la que destaca la actividad comercial de la uva por el puerto. Similar a las impresiones de Manuel Siurot (1939), que describe la Almería de los años 30, su economía y su idiosincrasia, deteniéndose especialmente en la historia y leyendas de su antigua grandeza.

Otro tipo de relato es el que hacen los diplomáticos. A Claude G. Bowers (1936), embajador norteamericano en España entre 1933 y 1939, le llama la atención la miseria de la población almeriense por la caída del comercio de la uva. Por su parte, Paul Cazard, cónsul de Francia en Almería durante veinte años, fue un profundo conocedor de la actividad de la ciudad en los años anteriores a la guerra civil. Viajero incansable, llegó a convertirse, como él dice, en “un almeriense más”; redactó en 1925 el *Anuario de Almería* (capital y provincia), obra en la que, además de tratar la administración local, las producciones, infraestructura y riqueza económica (minería y uva), cantaba las excelentes condiciones socioeconómicas de Almería para convertirse en estación invernal de primer orden para el turismo internacional. La ciudad le correspondió honrándole con el nombre de una plaza y otros reconocimientos que el mismo autor refiere en el texto publicado en 1938.

EL COLOFÓN DE LOS AÑOS 50

Inicialmente, la intención del equipo redactor fue finalizar el trabajo con las aportaciones de los viajeros de la década de los años 30, ya que las convulsiones políticas, ideológicas y sociales que se produjeron en estos años supusieron un cambio profundo y dramático en la sociedad española, que influyó decisivamente también en la afluencia de visitantes a España y, especialmente, en las apreciaciones sobre su paisaje y paisanaje. No hemos hallado nada significativo de los años 40, sin embargo, en el proceso de localización, búsqueda y selección de originales, nos encontramos con algunos textos de la década de los años 50 que, por su contenido, resultaban de interés y, por tanto, justificaban la prolongación de la cronología de la obra. Por esta razón, hemos recogido también los testimonios inestimables de españoles y extranjeros insignes o menos conocidos, pero igualmente interesantes.

Del peculiar y prestigioso antropólogo Julio Caro Baroja hemos entresacado las impresiones que anota en tierras almerienses, principalmente de camino hacia la Alpujarra granadina (1950), en el contexto de unos apuntes sobre Andalucía y los correspondientes a sus viajes por Murcia y Valencia. Sacheverell Sitwell, poeta y escritor inglés, habla con apasionamiento de Mojácar (1950). El célebre geógrafo francés Jean Sermet, unido sentimental y profesionalmente a España desde su primer viaje en 1930, hispanista convencido, realizó su tesis sobre Andalucía y le dedicó no pocos desvelos a nuestra patria, circunstancias que se advierten con nitidez en el texto que recogemos su obra clásica *La España del sur* (1953), describiendo el paisaje físico y humanos de distintos escenarios almerienses: Sierra Almagrera y Rodalquilar, montañas y cuencas, los bad lands de Gérgal-Tabernas, Cabo de Gata, Sorbas, aguas abajo del Almanzora, el descenso por el valle del Andarax hasta las huertas cercanas a la ciudad de Almería, la propia capital con su escasez de agua y su aspecto oriental, los parrales y trabajos con la uva, la emigración, el aislamiento, la vida cultural (los indalianos),

INTRODUCCIÓN

los extranjeros, la animación urbana y la feria de agosto: toros y fiesta, para salir de la capital por el Cañarete, Aguadulce, campos de Dalías, Adra, y la costa de Sol o de Málaga. Georges Pillement, otro escritor francés, fotógrafo y apasionado de España, nos aporta sus impresiones en el viaje de descenso por la carretera de Fiñana, Gérgal, Gádor y Almería (1954).

Por último, el escritor José María Pemán, gaditano, prolífico escritor español, ligado al régimen de Franco, emprendió por encargo la tarea de redactar una guía de Andalucía (1958) que formaría parte de una colección nacional, y, a pesar de ciertas reticencias, aceptó debido a que en ella daría una visión personal de su tierra, no limitándose a ser la típica guía al uso. De Almería nos aporta un relato entre dietario y costumbrista, pero aportando datos y escenas que nos retrotraen a la desaparecida Almería de los años 50, antes del inicio del desarrollismo, las guías convencionales y la llegada regular de turistas.

A partir de mediados del siglo XX la literatura de viajes conoce algunos cambios profundos. Ya desde las primeras décadas de la centuria podemos comprobar cómo, paulatinamente se va perdiendo el carácter de viajero observador y profundo del realidad que va visitando, e imponiéndose otros conceptos más prácticos, más preocupados por las demandas de información y mapas turísticos, de individuos que miran sin ver. Seguramente el germen de la figura del turista despreocupado y superficial que hoy se ha impuesto con los viajes masivos y banales de miles de ciudadanos. Bien es verdad, que, junto con el turista convencional, van apareciendo las guías en los años 50 y 60, o la del literato y el periodista en plan de denuncia social (Goytisolo).

Ya puso de manifiesto Joaquín Estefanía: *“Como si el género cuyas huellas pueden rastrearse en la Odisea o en las más intensas páginas de Gide hubiera terminado por sucumbir a la ligereza y a la banalidad imperantes, viajar es hoy hacer turismo y, en consecuencia, el relato de viajes no pasa muchas veces de ser más que una sugerente invitación a lugares donde pasar el próximo verano”* (El País).

Los autores
Almería, Marzo, 2007

LA EDICIÓN DE LA OBRA

Los límites cronológicos abarcan un largo periodo de unos 460 años desde los últimos estertores del s. XV cuando, incorporado el reino Nazarí de Granada a la corona de Castilla, comienza a gestarse una nueva sociedad, hasta mediados del siglo XX, en pleno franquismo. En el periodo anterior, durante el dominio musulmán del sur de la Península, hay numerosos textos de autores árabes que han sido recogidos en un excelente y riguroso trabajo del arabista almeriense Jorge Lirola Delgado. Después, a partir de los años 60, predomina ya el turista sobre el viajero, y comienzan a aparecer las guías para turistas, en las que Almería aparece con desigual fortuna.

En cuanto a su ordenación y presentación, nos pareció adecuado el criterio cronológico, para poder ubicar a cada autor en un momento histórico determinado, facilitar la progresión de la lectura y comprobar la evolución que la provincia va teniendo a lo largo del tiempo, y las circunstancias por las que atraviesa nuestra área territorial, primero, dentro del reino de Granada, luego, a partir de 1833, como provincia autónoma.

De cada autor se ha realizado una breve reseña biográfica (incluida una imagen del mismo cuando ha sido posible), a la que se han añadido datos sobre sus intereses al viajar por España, el itinerario, si es conocido, fuentes de información (ediciones anteriores de la obra o existencia de manuscritos), etc. A continuación, se reproduce el texto corregido y, en cada caso, adaptado, traducido, actualizado y anotado en aquellos aspectos que necesiten una aclaración para el lector.

En total se recogen 146 testimonios de viaje, correspondientes a 140 autores (11 de ellos anónimos o con seudónimo desconocido para nosotros), distribuidos temporalmente de la siguiente manera:

Viajeros s. XV–XVII	8
Viajeros s. XVIII	10
Viajeros 1800–1850	22
Viajeros 1851–1875	23
Viajeros 1876–1899	36
Viajeros 1900–1939	36
Viajeros 1940–1958	5

Al final de la obra se incluye un índice toponímico de gran utilidad, que nos permite localizar de manera rápida y efectiva cualquier lugar de la provincia.

La preocupación por acompañar los textos de las imágenes adecuadas nos ha supuesto un esfuerzo adicional extraordinario de localización de material gráfico que ilustrase las experiencias de los viajeros y ayudase a entender mejor el contexto histórico, geográfico o humano. Nuestro objetivo era indagar acerca de las imágenes más oportunas, precisas y contemporáneas del relato. En este sentido, las dificultades han sido especialmente complejas en una tierra poco atractiva para la mirada de ilustradores y artistas durante el periodo Moderno o Contemporáneo, más aún para el tiempo en que no existía la fotografía. De manera que, en más de una ocasión, hemos suplido esta falta absoluta de imágenes por planos o itinerarios de época, fotos actuales de edificios y lugares citados o material decorativo o ilustrativo de diverso origen que, aunque en ocasiones no son fieles a la propia experiencia del viajero, sí sugieren situaciones, paisajes, escenas o comportamientos. De cualquier modo, se han revisado prácticamente todas las publicaciones sobre temática almeriense, para reproducir las ilustraciones de numerosos libros y revistas, utilizar los fondos fotográficos disponibles en la actualidad, recurrir a grabados y pinturas antiguas, etc. Entendemos que, a la vez que se recopilaban textos de viajeros, también se dan a la luz, de forma cronológica y ordenada, cientos de imágenes, inéditas o no, que, sin duda, serán de gran utilidad y aprovechamiento para otras ediciones de libros sobre Almería y su provincia.

Del mismo modo hemos de reconocer el aprovechamiento de las fotos de varias ediciones de libros, en especial de la láminas que divulgó *La Voz de Almería*, cuya edición corrió a cargo de J. L. Ruz Márquez; el

libro-catálogo de *El Siglo Minero* (IEA, 1992), los propios fondos documentales del IEA; los libros de Juan Grima y E. F. Bolea sobre Garrucha y Cuevas, ejemplos pioneros y casi únicos de recopilación rigurosa de fotos antiguas; las actuales ediciones de colecciones fotográficas de *La Voz de Almería* (Almería Modernista y Almería en color), a partir de las nutridas colecciones de Juan A. Grima y Narciso Espinar.

También es cierto que, a pesar de nuestros esfuerzos, no ha sido posible consultar algunas obras de las que tenemos constancia segura, para comprobar si anotaban o describían su eventual paso por la actual provincia de Almería, bien por no poderlas localizar o bien por no disponer de las mismas en razón de su lejanía, dificultad de acceso u otras razones similares. De manera que esta obra de recopilación de viajeros por Almería no constituye un punto y final, sino todo lo contrario: supone la aportación de un corpus documental considerable y voluminoso, fruto de un largo, encomiable y sacrificado trabajo de indagación y selección de textos, que, esperamos, serán útiles para lectores, curiosos e investigadores, pero pendiente de analizar sus contenidos en el contexto de cada tiempo histórico, de relativizar las subjetivas o interesadas opiniones de sus autores, de cotejar sus informaciones con otras fuentes complementarias y, desde luego, de completarlos con otros más que posibles hallazgos de interesantes y novedosos relatos que, con seguridad, irán redescubriéndose y viendo la luz en próximas investigaciones.

CENTROS DE INFORMACIÓN

Una búsqueda de tal envergadura nos ha llevado, primero, a la revisión exhaustiva de casi toda la bibliografía disponible sobre Almería y, después, a una inspección amplia de toda la bibliografía y publicaciones periódicas existentes en distintas bibliotecas públicas y privadas, así como a la consulta de catálogos, bibliografías, inventarios y repertorios selectivos de textos de viajeros a nivel nacional y europeo.

En casos puntuales, nos hemos desplazado personalmente a un par de ciudades para comprobar directamente sus fondos y localizar posibles textos relacionados con viajes por Almería; en Granada: bibliotecas de Andalucía, Casa de los Tiros, Central de la Universidad y Patronato de la Alhambra; en Madrid: . . .

A través de Internet hemos consultado los catálogos y, en su caso, solicitado el original o copia de los textos que nos interesaban en las bibliotecas de fuera de nuestra ciudad, tanto a nivel local, como regional, nacional e internacional.

Almería

- Biblioteca de la Diputación Provincial.
- Biblioteca Pública "Francisco Villaespesa".
- Archivo Municipal.
- Archivo Histórico Provincial.
- Hemeroteca Provincial "Sofía Moreno Garrido".
- Biblioteca Pública Municipal de Huércal de Almería.
- Fondo documental de Antonio Moreno Martín.

Locales y Provinciales

- Biblioteca Pública de Valencia.
- Biblioteca Pública de Málaga.
- Biblioteca Pública de Córdoba.
- Biblioteca Pública de Cádiz.
- Biblioteca Pública de Sevilla.
- Biblioteca Pública de Granada.
- Biblioteca Pública de Huelva.

Regionales y Nacionales

- Biblioteca General de la Universidad de Granada.
- Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras. Granada.
- Biblioteca de la Facultad de Teología. Granada.
- Biblioteca de la Facultad de Económicas y Empresariales. Granada.
- Biblioteca del Archivo Municipal. Granada.
- Biblioteca de la Real Academia de la Historia. Madrid.
- Biblioteca Nacional. Madrid.
- Biblioteca del Ateneo. Madrid.
- Biblioteca de la Real Academia de Ciencias, Exactas, Físicas y Naturales. Madrid.

LA EDICIÓN DE LA OBRA

Biblioteca del Museo del Ejército. Madrid.
Biblioteca Regional. Madrid.
Biblioteca "Cánovas del Castillo". Málaga.
Biblioteca de Castilla y León. Valladolid.

Extranjeras

Universidad de Gotinga (Alemania).
Universidad de Berlín (Alemania).
Universidad de Bonn (Alemania).
Biblioteca Nacional Británica. Londres (Inglaterra).
Biblioteca Nacional Francesa. París (Francia).
Ecole des Mines de París (Francia).